

# ***El alma del otro***

***RELATO INVEROSÍMIL EN CUATRO ESTAMPAS***

*Juan Pablo Martínez Rubio*

© Enero2002

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	3
I. EL REGRESO.....	4
II. EL CONFLICTO.....	43
III. LA TRAGEDIA.....	62
IV. LA CONFESIÓN.....	67

§ § §

## INTRODUCCIÓN

El presente relato está escrito entre los años 1988 y 1993, cuando yo trabajaba en Barcelona y no tenía el menor indicio de que el final de mi vida activa laboral como empleado de una empresa, iba a tener lugar viviendo solo casi tres años en Vitoria, entre Septiembre de 1997 y Diciembre del 1999, con la necesidad de hacer traslados semanales entre Vitoria y Barcelona, para ver el resto de la familia.

Por eso tengo que reconocer aquí que este período ha sido para mí especialmente penoso en un aspecto: Diez años antes ya estaba escrito cómo iba a ocurrir mi trágica muerte. No me tengo por supersticioso; pero, en la medida en que he podido, he esquivado la cita con la impostora, evitando el llevar el cántaro a la fuente. Y, a Dios gracias, sigo vivo, lo que me da argumentos para no tener demasiado en cuenta en mi vida (dentro de lo que cabe) los augurios o premoniciones.

La experiencia descrita de Caldetas es rigurosamente histórica, como pueden certificar los que tomaron parte en ella, y yo he intentado ser riguroso en su narración, aunque desplazándola levemente en el tiempo.

La interpretación de esa experiencia y las consecuencias que se derivaron de ella, son el objeto del presente relato, que es afortunadamente sólo un ejercicio de ficción; la realidad, hasta el momento, tanto para mí como para los míos, es bastante más halagüeña que esa ficción aquí descrita.

No se trata por tanto de ningún relato autobiográfico, aunque contiene algunos rasgos como los descritos, que están recogidos de la vida misma.

Va dedicado a mi mujer, sufridora de mis desaciertos, y a mis dos hijos, Nacho y Nuria, que son los auténticos protagonistas de esta ficción, deseando que su vida continúe por los cauces que ellos dos han trazado, lejos del tortuoso camino que la imaginación de su padre ha creado en este relato.

JPM

18.11.2000

## I. EL REGRESO

*"Teneis los ojos cerrados y estais muy a gusto con los ojos cerrados. La frente está completamente relajada, y también están relajados los músculos de la cara. La relajación baja por la cara a los músculos de la mandíbula, y cuando la mandíbula queda relajada, la lengua descansa en la base de la boca..."*

Las palabras de mi padre caían como agua mansa sobre mi mente. Acababa de empezar, sin saberlo, una experiencia que iba a ser determinante en mi vida. Corría el mes de febrero de 1963, un invierno especialmente frío para el clima de Barcelona, donde habíamos tenido unas Navidades blancas como nadie recordaba haberlas visto nunca. Yo, con doce años ya cursaba el segundo curso de bachillerato, mientras mi hermana, dos años menor, tendría que hacer su prueba de ingreso al terminar en junio sus estudios primarios.

*"La relajación es una dulce quietud que sigue bajando de la mandíbula a los músculos del cuello y a los hombros; desciende por los brazos y los codos hasta las manos, los dedos y la punta de los dedos..."*

La voz sonaba lenta y persuasiva. Obedeciendo a su impulso, sentí que mis brazos se derrumbaban a ambos lados del cuerpo. Me hallaba tendido boca arriba sobre el suelo frío del salón, con un cojín bajo mi cabeza y otro bajo los muslos. Cubríamos el salón un grupo de siete chicos y chicas, amigos desde el mismo nacimiento, por imperativo de la amistad de nuestros padres.

*"La relajación desciende también desde el hombro, por la espalda hasta la cintura, quedando aflojados los músculos del pecho y del vientre. la respiración se hace más profunda y regular. Es fácil y cómodo respirar así, despacio, profundo. El oxígeno*

*llega a todos los rincones de los pulmones y pasa a la sangre para alimentar a todas las células del cuerpo..."*

Cada vez me iba sintiendo mejor. Ciertamente que era reconfortante el percibir cómo llegaba el oxígeno a los pulmones y era transportado por la sangre a cada rincón del cuerpo. A mi alrededor había cesado todo ruido; sólo me llegaba con claridad y autoridad la voz de mi padre que, sentado cómodamente en una butaca, junto a la chimenea encendida, iba desgranando lentamente las órdenes contenidas en un libro que tenía abierto en sus manos, y que todos debíamos cumplir para que la experiencia que nos habíamos propuesto resultase positiva.

Habíamos subido el viernes por la tarde, como casi cada semana, desde Barcelona a Caldetas, donde teníamos alquilada para la temporada de invierno, desde septiembre a junio, una pequeña torre de dos plantas.

En la planta baja estaba la cocina, salón con chimenea y un dormitorio con aseo. En la planta superior había tres dormitorios más y un cuarto de baño completo. Todo ello construido con materiales muy vulgares y amueblado también de forma muy simple con muebles baratos. Pero era todo lo que necesitábamos para pasar unos fines de semana de ensueño, sobre todo por la compañía.

Nuestra torre formaba parte de un conjunto de cuatro contiguas, tres de las cuales alquilábamos ya desde hacía tres o cuatro años, el grupo de amigos que formaban mis padres y otros dos matrimonios de edad similar y que eran amigos desde sus años de solteros. Por esta razón los siete amigos que andábamos tirados por el suelo aquella tarde de un sábado de febrero, ya nacimos todos con nuestros amigos determinados, por lo menos para los primeros años de nuestra vida.

*"La relajación sigue avanzando de la cintura a la cadera y*

*desciende por los muslos a las rodillas y a los pies, hasta la punta de los dedos. Todos los músculos de las piernas y pies quedan relajados y sueltos. Todo el cuerpo está ya relajado..."*

Cesó la voz y quedó todo en silencio. En aquel momento yo pensé en Susi, la más pequeña del grupo, con apenas siete años y tremendamente inquieta y nerviosa; si ella no se movía ni hacía ningún ruido extraño, es que verdaderamente mi padre con su voz persuasiva era un buen domador de fieras. Los demás éramos relativamente fáciles de controlar por un experto conductor de personas como mi padre.

Cuando llegábamos los viernes de este frío invierno a Caldetas (con frecuencia era mi familia la primera del grupo en llegar) lo primero que hacíamos era encender el fuego en la chimenea que presidía el salón, para caldear la casa, y preparar la cena. Después de cenar nuestros padres se reunían todos en una torre, generalmente la nuestra, alrededor de la chimenea, a charlar y a jugar a cartas. La misma operación repetían el sábado por la noche. En este círculo sobrábamos los pequeños y entonces nos decían que en la tele había una película que era "*la mejor del Oeste*", con lo cual ya nos estaban echando a otra de las torres, donde estaba la tele; sólo teníamos una tele para todos, en la torre de Rafa y Ana.

Nosotros ya sabíamos que era una tomadura de pelo, eso de "*la mejor película del Oeste*"; pero lo aceptábamos de muy buen grado porque también nosotros solos nos lo sabíamos pasar en grande, con película o sin ella. En cualquier caso nunca hicimos ninguna trastada gorda, por lo que nuestros padres no tenían grandes motivos de queja.

Aparte de Susi, la pequeña de Rafa y Ana, los demás teníamos menos nervios y se nos controlaba mejor. Falín y Marta, los hermanos mayores de Susi, andaban a las greñas cuando estaban solos; pero en la pandilla se llevaban bien, aunque Falín (era

Rafael, como su padre y Rafaelín resultaba fatal) siempre andaba ridiculizando a su hermana llamándola pánfila y tonta, y con frecuencia se aliaba a la pequeña Susi para poner como un trapo a su hermana mediana.

Las hijas de Antonio y Fina, Elena y Montse, tampoco se llevaban muy bien entre sí, aunque en el grupo no daba esto lugar a problemas.

Yo también tenía mis guerras con mi hermana Pili, que por ser la menor de la casa recibía todos los caprichos, lo que ocasionaba discusiones frecuentes entre mis padres a causa de que mi padre era más riguroso que mi madre frente a los continuos antojos de mi hermana.

Estas ideas iban pasando lentamente por mi cabeza mientras mi padre había hecho un largo silencio y yo me sentía feliz, experimentando todo mi cuerpo relajado y medio adormecido.

*"Ahora estás muy relajado; pero voy a contar hasta diez para profundizar más y más en ese estado de bienestar :*

*Uno, la quietud es total. Dos, respiro profundo y lento; cada vez me siento más a gusto. Tres, el oxígeno purifica mi sangre y esto me relaja más y más. Cuatro, la sangre fluye por mis venas lentamente y llega a todos los rincones de mi cuerpo. Cinco, mi cerebro, bien oxigenado, está más y más despierto. Seis, mi conciencia es más lúcida y no siento ninguna intranquilidad. Siete, me siento en paz y armonía con todo el universo. Ocho, especialmente me considero dichoso de tener la familia y los amigos que tengo. Nueve, me siento más feliz que nunca me he sentido. Diez, todos mis músculos están relajados, pero mi conciencia está especialmente alerta y preparada para recordar todas las cosas que he experimentado en mi vida".*

Iba distanciando las frases con pausas, cortas al principio y

poco a poco, cada vez más largas. Finalmente se hizo el silencio mientras acudían a mi mente en oleadas los recuerdos más dichosos de mi vida : mi primera bicicleta, que me aproximaba a la sensación de volar en un equilibrio casi mágico; los juegos a pelota con mi padre, que permitía que yo le marcara goles y simulaba desesperarse mientras yo me revolcaba de gozo en el césped del parque o del prado; mis primeros éxitos en la escuela, que aunque me hacían enrojecer ante los demás, íntimamente me llenaban de orgullo; las carreras a caballo de mi padre cuando me subía a cucurumbillo y acababa dándome volteretas hasta que yo perdía el sentido del equilibrio y caía al suelo medio mareado con el disgusto de mi madre. Y mi madre, ¡ah, mi madre!, siempre haciendo trampas a mi padre en favor de sus dos hijos, porque estaba convencida de que mi padre era excesivamente riguroso con nosotros. Y cómo disfrutaba yo observando esa lucha sorda que había entre ellos dos, en el fondo, por disputarse nuestro cariño.

Mi padre acababa de recordarme lo feliz que yo era y ahora lo estaba experimentando al revivir tantos recuerdos hermosos de mi infancia.

*"Ahora vamos a poner un poco de orden en los recuerdos que acuden a tu memoria. Elige una foto tuya de hace dos años. Mírate bien en ella; qué ropa llevas; qué zapatos; qué tienes en las manos; qué hay a tu alrededor..."*

Iba desgranando muy despacio las palabras, de forma que entre frase y frase yo podía ver, en presente en mi mente, los recuerdos que acudían a ella, inducidos por la voz lejana y persuasiva de mi padre.

Hace dos años...hicimos un bonito viaje a Austria con la caravana, de las que había aun muy pocas en España, y tengo tantos recuerdos... Quizás la foto que más me gusta ver es aquella hecha a la entrada de la mina de sal en Hallstatt (puedo



acordarme del nombre y de cómo se escribe porque yo colaboré con mi padre en el montaje del álbum). Está mi padre en el centro y a los lados sus dos hijos; él nos tiene el brazo echado por los hombros y nosotros casi nos perdemos debajo de él, pues apenas le llegamos al pecho; yo algo más alto que mi hermana Pili; los tres llevamos el traje y gorro, de un color rojo desvaído por los lavados, imprescindible para entrar en la mina, y reímos del aspecto circense que tenemos; detrás hay árboles y unas pequeñas barracas. ¿Calzado?. ¡Anda!, pues yo estoy seguro que entramos en la mina con un calzado especial que nos dieron y que colocamos encima del nuestro. Pero en cambio en la foto puedo ver que cada uno llevamos nuestro propio calzado. No me había fijado hasta hoy en ese detalle de la foto, pero ahora que debo hacerlo, observo que no coincide con lo que yo esperaba ver, ¿cómo es posible?.

A mi padre le gusta preparar los viajes con todos sus detalles. El trabajo empieza uno o dos meses antes con la recogida de información en oficinas de turismo, consulados o donde haga falta; después se estudia toda la información y elabora un plan de vacaciones que presenta a mi madre; ella, con algunas sugerencias, generalmente lo aprueba, y entonces elabora todo el programa detallado, con los campings a los que vamos a ir cada día, las visitas imprescindibles en cada lugar, y todo ello escrito en folios con el quehacer de cada día. Normalmente llevamos tres modelos de dobles folios cuadriculados, en uno de ellos anotamos las actividades y los kilómetros diarios, en el segundo anotamos los gastos por conceptos y a la noche sumamos y calculamos la media diaria de gasto hasta el momento, para ver su desviación en más o en menos respecto a lo previsto, según el presupuesto que tenemos para el total del viaje; en el tercer documento anotamos cada foto que hacemos, lugar y contenido, para poder montar el álbum del viaje después.

Mi padre prepara todos los detalles antes, y durante el viaje somos nosotros, principalmente mi hermana y yo, quienes hacemos

todas las anotaciones. Un padre así, da gusto porque hace que sintamos que el viaje es algo nuestro y lo tenemos todo bien controlado, y no como a veces que encontramos gente que lo va improvisando todo, sin saber lo que han de hacer al día siguiente y dejándose por el camino montones de cosas sin ver.

*"Ahora tienes seis años y estás sentado en la escuela ante tu mesa; puedes ver los compañeros más próximos a tí; las ventanas ¿están a la izquierda o a la derecha?; tú estás pendiente de la profesora, ¿qué hace ahora?; ¿cómo va vestida?."*

Cuando mi padre reanuda su discurso, después de una larga pausa, al magnetismo de las palabras "seis años" y "escuela", desaparece inmediatamente la imagen de Austria y me hallo de repente ante una mesa redonda de madera de pino barnizada, con cuatro compañeros más a su alrededor y en su centro una especie de cuenco de plástico conteniendo de forma desordenada lápices de colores, plastilina, gomas de borrar, un par de sacapuntas y otros útiles del trabajo escolar.

Frente a mí está Laura, con sus gafotas gordas, que son objeto frecuente de bromas, y un bonito pelo rubio, suelto sobre los hombros, que a mí me gusta especialmente mirar; es sin duda la más lista de la clase, aunque todos, incluida la profesora, creen que soy yo; pero yo conozco mejor que nadie lo que ocurre; yo me concentro en cada trabajo buscando la perfección, y no lo abandono mientras me parezca que todavía puede quedar mejor acabado; esta idea fija de que todo debe ser perfecto me cuesta trabajar como un cosaco; pero al final me deja lleno de satisfacción porque me siento a gusto conmigo y porque recibo el reconocimiento de todos y, entre todos, el que más me importa es el reconocimiento de mi padre; él es así y yo también soy capaz de serlo, ese sentimiento es mi mayor recompensa.

Laura alcanza unos resultados próximos a los míos, aunque trabajando mucho menos; yo la admiro en secreto, y sé que ella

me corresponde aunque por razones bien distintas; yo soy de los chicos más queridos por sus compañeros y más si cabe por sus compañeras; soy guapillo (siempre me he avergonzado como un tonto de que me elogien por ello), trabajador, ayudo a todos, bien dotado para el ejercicio físico, fiel compañero, y lo que más valoran todos: no me pavoneo de todo ello (es lo que estoy pensando, pero soy incapaz de confesarlo a nadie) y me gusta divertirme con todos; no tengo enemigos. El caso es que Laura está por mí, y yo, como distraídamente, me dejo querer. Por eso mi imagen de los seis años y de mi clase es sobre todo Laura. Pero también están allí, aunque algo menos nítidos, David a mi izquierda y Mireia a mi derecha; entre Mireia y Laura hay una silla vacía, donde se sienta Lluís que hoy no ha venido; tiene problemas respiratorios (dicen que tiene asma) y falta con frecuencia.

En la clase hay cinco mesas más como ésta; yo estoy sentado cara a la pizarra, por lo que, cuando tenemos que estar pendientes de lo que se explica o se hace desde allí, yo puedo ver constantemente el pelo y a veces el perfil de Laura. Estamos casi todos sentados más o menos de cara a las ventanas, que están a mi izquierda; son tres y dan al patio de donde nos llega con frecuencia el barullo de los que están en el recreo; por eso hemos de tenerlas casi siempre cerradas; en mi mesa sólo David se sienta claramente de espaldas a las ventanas porque cuando a principios de curso hicimos la distribución de los sitios, él dijo que le daba igual cualquier sitio, y claro, se quedó con el que nadie quería.

¿La profesora?. ¡Ah, Marisol!. De hecho Pili y yo estamos en esta escuela, a pesar de que son unos peseteros, como dice mi padre, porque Marisol y Ramón son amigos de mis padres desde que eran solteros. A Marisol la conozco desde siempre, y ella a mí desde el mismo día en que nací. Cuando supe que la tendría este año de profe se me planteó un problema que luego se solucionó sin mi ayuda. Yo no sabía si tenía que llamarla "señorita" o

simplemente Marisol, como la había llamado hasta entonces; pero ella lo solucionó en el primer minuto del primer día de clase:

*"Hola,-dijo- mi nombre es Marisol y quiero que me llameis así; soy vuestra profesora este año; algunos ya me conocéis - y me miró a mí-, me gusta leer, escribir y hacer manualidades; me gusta hablar con la gente y cultivar la amistad, y sobre todo me gusta buscar la amistad de los chicos como vosotros. Ahora quiero que os presentéis cada uno de vosotros a los demás, hablando también de vuestros gustos".*

Cuando me llegó el turno hice mi presentación lleno de confianza porque ella había resuelto ya mi problema.

A mí me trata igual que a los demás, lo que le cuesta a veces un gran esfuerzo, pues yo noto la debilidad que siente por mí, fruto sin duda de la estrecha amistad con mis padres. Hoy viste una falda gris oscuro ancha y lisa, que le llega a media pierna; lleva medias tupidas y zapatos negros muy brillantes, con tacón más bien bajo. Se acompaña de una camisa blanca con un bordado muy bonito en el cuello y chaqueta roja de punto, que hace muy buen juego con la falda.

Estamos haciendo todos un dibujo sobre un paisaje nevado y ella va paseándose entre las mesas, parándose un poco en cada una para hacer a cada alumno un pequeño comentario sobre lo que está haciendo. Nunca hace críticas a nuestro trabajo; sólo hace observaciones y siempre en sentido positivo; no es que esté conforme con todo lo que hacemos, sino que aceptándolo nos empuja siempre a mejorarlo. Yo he tenido una gran suerte con tener a Marisol de profesora porque me conoce y me quiere.

*"Ahora quiero que retrocedas en tus recuerdos y te concentres en una fotografía de cuando tenías tres o cuatro años, en tu primera experiencia escolar; ¿te reconoces en ese cuerpo tan pequeño ?".*

Estoy sentado en una especie de camilla de lona y vestido con una bata de papel color naranja, ceñida con un cinturón de lona blanco; debajo de esta bata asoma un jersey amarillo de cuello alto y un pantalón largo de cuadros multicolores; a mi lado, también con trajes de papel hay un ángel, la Virgen y San José; el ángel lleva en la frente una estrella brillante sujeta con una diadema y en sus manos una espada y un escudo; la Virgen y San José tienen cara de bobos y no saben que hacer con las manos; a mi alrededor, todos mis compañeros, vestidos de pastores cantan el fum, fum, fum.

Yo soy el niño Jesús en la fiesta de Nadal del parvulario Bon Camí. Nuestros padres, con la baba caída, están sentados en nuestras pequeñas sillas del parvulario; algunos se mueven de un lado para otro haciendo fotos. Mi padre también hace fotos como los demás; anoche mientras cenábamos comentaba con mi madre que pensaba hacer fotos para sacar una buena que la usaría como felicitación de Navidad para nuestros amigos y conocidos...Yo no entendí bien lo que quería decir; pero sí me dí cuenta que estaba orgulloso de que se le hubiera ocurrido tan buena idea. Ahora le veo agitado con la cámara de fotos colgada del hombro y el tomavistas en la mano filmándome a mí y a mi madre, que está en la segunda fila sentada, con mi hermana Pili en los brazos, asomando sólo su cabeza cubierta, con un gorro de lana blanco, hecho a mano por mi abuela materna.

Yo soy como el centro de toda esta fiesta, y aunque no estoy asustado, sí que me siento un poco incómodo por ser el objeto de todas las miradas; me gustaría estar cantando el fum, fum, fum, y que en mi lugar estuviera otro, pero no me han dejado elegir. Me siento obligado a permanecer aquí quieto, cuando a mí lo que me gusta es corretear de un lado para otro; pero haciendo de Niño Jesús no quedaría bien salir corriendo ahora, tendré que esperar a que acabe todo esto.

*"Ahora tienes entre uno y dos años; aún no andas con firmeza,*

*pero ya puedes desplazarte por la casa sin ayuda y te gusta curiosearlo todo. Estás haciendo aquello que más te gusta".*

Estoy dando saltos encima del sofá. Tenemos un sofá tapizado en tela roja y cálida; es muy blando y puedo dejarme caer sobre él sin hacerme daño. Llevo puesto un cómodo pelele a rayas horizontales amarillas, azules y blancas y un jersey de manga corta; tengo en la mano un muñeco de goma que mi padre hace como que me quiere quitar, pero no puede y yo me siento muy feliz por ello. Papá, agachado delante del sofá, me persigue de un lado a otro, lo que me da ocasión de corretear por encima del mismo protegiendo el muñeco. De vez en cuando me coge de una pierna y yo caigo sobre el sofá, pero escondo detrás de mí al muñeco para evitar que me lo quite. Yo sé que si él quisiera ya me lo habría quitado, pero esto es un juego y cada uno hace su papel. Yo me río a carcajadas porque parece como que papá no puede conmigo.

Mamá no juega ahora mucho porque está bastante gordita; dice que tiene en la barriga un hermanito o hermanita mía que se llamará Néstor si es niño y Pili si es niña, y yo puedo sentir como da pataditas cuando mamá me coge la mano y me la pone encima de su ombligo, que está muy salido porque tiene toda la barriga hinchada.

Lo que más me gusta es jugar con papá a que no me pilla, y sobre todo encima del sofá, y también sentir cómo se mueve mi hermanito o hermanita dentro de mamá.

*"Ahora quiero que pongas todas esas fotos en fila. Cada una de ellas representa sólo una décima de segundo de tu pasado, y entre foto y foto hay años enteros de tu vida; para poder verla toda necesitarías una fila de fotos infinita; pero la mayoría de esas fotos se han perdido de tu conciencia, aunque siguen presentes en algún rincón de tu inconsciente; si pudieras verlas, te darías cuenta de que todas son distintas, ningún momento de tu vida es igual a otro, pero en todas hay algo común*

*que ha permanecido desde el origen y aun permanecerá en tí para siempre; es todo aquello que te define como persona distinta a todos los demás; es tu YO: lo que tú eres y seguirás siendo cualquiera sea el cuerpo que te acompañe y el vestido que te pongas".*

Me veo dentro de mi cuerpo, ocupándolo todo y dueño del mismo, pero soy distinto de él; mi cuerpo me está sirviendo para expresar mis sentimientos y ejecutar mis deseos, pero soy yo quien manda en él.

*"Mira de nuevo esa hilera sin fin de fotos de tu pasado; puedes fijarte en un trozo concreto de esa hilera y podrás recordar algún pasaje de tu vida que tenías olvidado".*

Es un día soleado; estamos en un parque de Barcelona y yo, montado en mi triciclo, persigo a las palomas que no se dejan coger; llevo pantalones largos con peto y un abrigo de piel rojo brillante; mis padres toman el sol sentados en un banco del parque y ninguno de los dos me quita ojo, lo que me da una gran confianza.

*"Ahora estás tumbado en el suelo y profundamente relajado; tu cuerpo yace pesado contra el suelo; pero tu mente flota en el aire, ligera y relajada, te sientes feliz; tu conciencia se concentra ahora en un punto que sube flotando hasta cerca del techo de la habitación, ése eres TU; mira hacia abajo; me estás viendo a mí sentado en el sillón, con las piernas estiradas y cruzadas una sobre otra; en las manos tengo un libro en el que voy leyendo despacio las instrucciones para esta experiencia. Puedes ver también tu cuerpo tendido en el suelo y puedes reconocerlo entre los demás que te acompañan en esta aventura".*

Puedo ver las cosas a medida que la voz de mi padre las va indicando, y estoy asombrado; hasta ahora se trataba de revivir mis recuerdos, más o menos olvidados, del pasado; pero en este

momento me he escapado de mi cuerpo y puedo verme desde el techo de la habitación, tendido en el suelo con la cabeza recostada en un cojín; puedo reconocer a todos los demás: Pili, junto a Elena y Marta a un lado de mi cuerpo; al otro lado, Falín y Montse; todos estamos quietos, como muertos; sólo se mueve Susi, que veo cómo se levanta y mi padre con la mano le hace señas de que no hable y se marche. Susi, la más pequeña del grupo, abre la puerta muy despacio, sale a la calle y vuelve a cerrar detrás de ella; pero no cierra del todo y mi padre se levanta, cierra la puerta con cuidado de no hacer ruido y vuelve a sentarse en el sillón, junto a la chimenea, donde se queda inmóvil mirando al fuego que sigue ardiendo con llama viva.

Mientras mi padre está en silencio mirando al fuego, puedo ver nuestros cuerpos inmóviles; si a los demás les ha ocurrido como a mí, deberían estar también en el techo, pero aquí junto a mí no puedo ver a nadie más. Estoy asombrado, pero no asustado; me siento muy dichoso de poder experimentar el salir de mi cuerpo.

*"Ahora subes y, atravesando el techo, flotas sobre el tejado de la casa; sigues subiendo y ves el mar y la playa; encima de tí hay un cielo estrellado con media luna luminosa; debajo está la carretera que saliendo de Barcelona recorre toda la costa en dirección norte; puedes ver las luces de los coches que circulan en las dos direcciones; son muchos más los que salen de Barcelona que los que vuelven".*

¡Qué sensación más extraña!; he atravesado el techo dejando mi cuerpo tendido en el suelo y puedo ver claramente todo cuanto mi padre ha ido describiendo; pero no salgo de mi asombro. Cuando empezamos la experiencia era de día, sábado por la tarde y lluvioso; mi padre dijo de hacer este experimento para sacarnos de donde están los mayores para que no les demos guerra, y también para evitar que andemos correteando bajo la lluvia y nos pongamos perdidos; ahora en cambio estoy flotando en un cielo estrellado en una noche de luna; estoy por lo menos a trecientos



metros de donde debe estar mi padre, pero puedo oír su voz suave con absoluta nitidez.

*"Te estás desplazando encima de la carretera, en dirección a Barcelona; a doscientos metros de altura puedes oír como un zumbido el ruido de los coches y siempre a tu izquierda el rumor sordo del mar. Debajo de tí van quedando atrás los pueblos que tú conoces bien: Mataró, Vilasar, Premiá, Masnou. Frente a tí tienes Barcelona luminosa; un poco a tu derecha está el Tibidabo con la iglesia iluminada; al frente ves las agujas de la Sagrada Familia y al fondo el pequeño montículo de Montjuich. Avanzas hacia el centro de Barcelona por la Gran Vía hasta situarte en el cruce con el Paseo de Gracia, la avenida más amplia que cruza la Gran Vía en dirección montaña-mar. Desde ahí, a doscientos metros de altura y girando lentamente puedes ver lo hermosa que es Barcelona en todas direcciones".*

¡Qué maravillosa experiencia!. Es increíble las cosas que puede hacer mi padre con su voz suave pero enérgica, capaz de dominarnos y conducirnos allá donde él quiere. Se supone que estoy en Barcelona porque estoy viéndola aquí, debajo de mí; pero estoy siguiendo las instrucciones de mi padre, que debe estar en Caldetas, donde está mi cuerpo tendido en el suelo del salón. De mi cuerpo no me llega ninguna sensación de vida, ni frío ni calor, nada. Sólo percibo una tremenda sensación de bienestar, ajena a la situación de mi cuerpo, que no me llega de ningún sitio fuera de mí, sino que brota de mí mismo.

No sé dónde están los demás; no puedo verlos ni sentirlos cerca de mí, aunque no me siento solo; supongo que las instrucciones han sido las mismas para todos y en tal caso, si las han seguido, deben andar también por aquí.

Nunca me hubiera imaginado que Barcelona vista desde el aire fuese tan bonita, y como antes no la había visto, tampoco se puede decir que estoy reviviendo un recuerdo, sino viviendo por

vez primera una experiencia. No puedo pellizcarme para saber si estoy vivo y despierto porque el cuerpo lo tengo en Caldetas, a cincuenta kilómetros de aquí; pero no estoy dormido sino más consciente que nunca lo he estado antes. Sigo perplejo observando Barcelona, mientras mi padre ha hecho un largo silencio.

*"Ahora busca en Barcelona el lugar donde naciste y dirígete a él. Desciende suavemente hasta colocarte sobre el techo del edificio. Quédate en reposo y escúchame con más atención.*

*Tu mente consciente no va a entender lo que ahora digo. Estoy hablando a tu subconsciente. Reduce el potencial de las ondas de tu cerebro. Más. Más. Redúcelo hasta cinco ciclos por segundo. Uno, más relajado; dos, más profundo; tres, más lento; cuatro, aun más profundo; cinco, a cinco ciclos por segundo; tu cerebro está funcionando sólo a cinco ciclos por segundo. En este estado de intensa relajación podrás descender a las zonas más profundas de tu cerebro, donde podrás encontrar las respuestas a las preguntas que yo te haré. Después, cuando acabe esta experiencia, podrás recordar perfectamente estas respuestas, así como las cosas que veas y experimentes durante este tiempo.*

*Debajo de tí está la sala de partos donde tú acabas de nacer. Atraviesa el techo del edificio y desciende. Más. Más, hasta entrar en la sala de partos. Quédate junto al techo y observa a cada una de las personas que hay en la sala; ese recién nacido eres tú. Fíjate bien cómo está distribuida la sala; qué muebles hay; qué personas están presentes; qué hacen. Puedes ver lo que piensan y también lo que sienten cada una de ellas".*

Me ha sido muy fácil encontrar la clínica en que nací. Desde el paseo de Gracia he seguido por la Gran Vía hasta calle Balmes, y he subido por ella teniendo siempre al Tibidabo delante de mí, en la Rotonda he girado a la izquierda por el paseo de San Gervasio; en la esquina derecha de la primera calle a la izquierda, que baja hacia el mar, hay un edificio blanco de tres plantas que acaba en terraza. Desciendo hasta ella y pegado al

cuarto de ascensores escucho las instrucciones que me indican el reducir los ciclos de mi cerebro.

Con mi actividad cerebral reducida a cinco ciclos por segundo, han desaparecido de mi percepción el Tibidabo y los edificios de alrededor y el ruido del tráfico; ha desaparecido la luna y el cielo estrellado; sólo existo yo, mi padre que me guía y un suelo bajo mí, que debo atravesar.

Desciendo a través de la oscuridad hasta la primera planta donde se encuentra la sala de partos. De golpe me invade una luz intensa, que me molesta, después de un largo período de oscuridad. Estoy en la sala de partos junto al techo y en un solo instante tomo conciencia de las personas que están aquí.

Me llama en primer lugar la atención una monja con sombrero alado blanco que sostiene con sus manos enguantadas un recién nacido con la piel arrugada, rosado todo él, y con un trozo de cordón umbilical colgando; parece que acaba de recibirlo de manos del doctor que hay a su lado. Al fondo hay una gran cortina que parece cubrir un amplio ventanal; en la pared de la derecha, entre la cortina y la puerta que lleva a una antesala, hay una vitrina con diversos instrumentos metálicos, botellas de vidrio, algunas cajas de medicinas y paquetes de gasas. Sobre la puerta entornada de la antesala hay un reloj de pared de esfera blanca que produce un suave tic tac y marca ahora las dos menos cuarto. En la pared que tengo detrás sólo hay un Cristo metálico sobre una cruz de madera colgada en el centro y en la esquina derecha, junto a la pared hay una botella metálica que debe ser de oxígeno, porque otra igual hay junto a la cabecera de la cama o camilla donde mi madre acaba de dar a luz.

En el centro de la habitación hay una cama donde mi madre está tendida boca arriba y el doctor, con manos enguantadas, urge en su vientre teniendo en su mano derecha una aguja con hilo, y los dedos de ambas manos están manchados de sangre. El doctor lleva

bata, gorro y mascarilla blancos; sólo son visibles sus ojos a través de unas gafas de gruesa montura de pasta acaramelada. Junto a él hay una enfermera joven y de frente morena (único trozo de piel visible), cubierta de bata, mascarilla y cofia, que sirviéndose de una mesita auxiliar le va suministrando al doctor cuantos instrumentos solicita, así como retirándole los que ya ha usado.

Al otro lado de la cama, junto a la cabecera hay un hombre también con bata, mascarilla y gorro, que con una mano toma a mi madre por el brazo y la otra la apoya en la frente de ella; por todas las señas parece ser mi padre. Todas las personas que hay en la sala llevan también los pies metidos en una especie de zapatillas de tela blanca.

Vuelvo a mirar a la monja y a la criatura que está en sus brazos. Siento un impulso incontenible de acercarme más y, a medida que me acerco, siento cada vez más frío; un frío de recién nacido que ha dejado un refugio a 37 grados y está al aire en una habitación que debe tener entre 20 y 22 grados. En unos segundos ha sufrido un descenso de 15 a 17 grados en el ambiente que le rodea.

Me siento ya dentro de este cuerpo helado. Tengo mucho frío y casi estoy tiritando. La monja de sombrero alado parece adivinarlo y me envuelve en una toalla templada. Me lleva a la habitación contigua y me sumerge hasta el cuello en un recipiente con agua caliente parece como si hubiera vuelto otra vez al vientre donde estaba tan bien acomodado.

Ahora lo único que me molesta es la intensa luz. Aprieto los ojos, pero sigo percibiéndola; tendré que acostumbrarme a ella. La monja me frota suavemente el cuerpo sumergido y siento un gran placer a su tacto. Me saca del agua y me envuelve en una toalla suave y tibia. Cuando estoy seco me cambia la toalla por otra también tibia y me deposita sobre una balanza, lee el peso

y me toma en brazos, llevándome de nuevo a la sala de partos; al entrar dice "*doctor, tres cuatrocientos*"; me entrega a mi madre que me rodea con su brazo y me besa en la frente; es el primer beso que recibo en esta vida; no es tan agradable como el frote de la monja bajo el agua, pero tiene como un sabor a dulzura; parece como que en él haya recibido un trozo de vida de mi madre.

Se inclina mi padre y también me besa en la frente; es un beso más frío y mecánico que el de mi madre, aunque siento que él está emocionado por lo que acaba de presenciar; me arranca del regazo de mi madre y me cede a la monja quien me deposita en una pequeña cuna de tubo metálico brillante, que hay al pie de la cama, próxima a la cortina del fondo de la sala.

Después de tanto movimiento de un lado a otro quedo en calma y todos se olvidan de mí y se concentran en mi madre. Ya no tengo frío; parece que me he acomodado a este nuevo ambiente; lo único que sigue molestándome y mucho es la luz; pero si permanezco con los ojos cerrados y apretados sólo me llega una ligera claridad rojiza que no me molesta demasiado.

Me entra una dulce somnolencia y me encuentro cada vez más tranquilo y relajado. Pero ardo en deseos de saber lo que ocurre con mi madre y abandono el cuerpo dormido del recién nacido. No siento ni frío ni calor, sólo un profundo bienestar. Asciendo por la habitación hasta cerca del techo, y allí, entre dos grandes fluorescentes, responsables de la tan molesta luz para mis ojos de recién nacido., puedo observar lo que está pasando.

La enfermera, Rosa, y la monja, sor Catalina, que así se nombran mutuamente, retiran de la cama todos los restos manchados y húmedos del parto, al tiempo que también lavan cuidadosamente la piel manchada de mi madre.

El doctor aplica unas gasas sobre la herida que ha debido

practicar para que yo naciera sin demasiados problemas para mi madre, cuando se ha convencido de que el uso del forceps no era suficiente para lograrlo.

Mi madre, que ha ido transformando su rictus de dolor en semblante de dicha, está medio adormecida y se deja hacer, sin ser consciente plenamente de qué es lo que pasa en la media parte baja de su cuerpo.

Mi padre está a medias concentrado en acariciar y cuidar a mi madre y en seguir la actividad que se traen entre manos los profesionales sanitarios; también, de vez en cuando, mira hacia la cuna, donde yo puedo ver desde esta altura cómo asoma una minúscula cara rosada entre la ropa blanca.

También puedo percibir los sentimientos de cada una de las personas de la sala:

El doctor está feliz porque todo ha ido bien finalmente. Mira con ternura los ojos verdes de mi madre, cuando los abre, porque se acuerda de una amiga alemana que tuvo, con la que hubo de romper una relación tierna y apasionada para evitar que su matrimonio naufragase. Eso fue hace sólo tres años, cuando ya tenía cuatro hijos, el quinto, una chica que recibió por nombre Ingrid, como la alemana, nació a los nueve meses de esa ruptura, fruto de la pasión que él puso en la vuelta a su mujer de siempre, aunque ella no supo, y probablemente no sabrá nunca nada de la aventura, ni del retorno, ni de la causa verdadera por la que esa hija suya se llamaba Ingrid. El se ocupó de convencerla de que se trataba de un nombre muy bonito y digno de tal hija. Cuando manipula con las gasas el vientre de mi madre, cosa que hace con exquisito tacto, ese doctor tunante está también pensando en el cálido vientre de su amante alemana.

La enfermera, Rosa, es como un instrumento más al servicio del médico. Se encuentra fastidiada por tener que estar aquí esta

noche, y sólo piensa en que sean cuanto antes las siete de la mañana para marcharse rápido y llegar a su casa antes de que su marido marche al banco; Rosa tomará el relevo de él en el cuidado de su único hijo de tres años. Hace unos meses que se está planteando la pareja la posibilidad de un segundo embarazo, y ahora, mientras atiende las necesidades del doctor, le asaltan sentimientos encontrados. Mira a la cuna y piensa que sí; pero delante tiene el vientre abierto de mi madre, que el doctor repara, y decididamente cree que no. Y por otra parte, piensa, un hijo más hará aun más dura la vida de la pareja. Trabajan los dos y son jóvenes, pero sus dos escasos sueldos les llegan justos para cubrir sus necesidades; pagan una hipoteca alta para poder alcanzar la propiedad del piso de noventa metros cuadrados que habitan en el extrarradio de la ciudad; ahora ha empezado su hijo a asistir al parvulario privado, que también es caro, y con todo ello, un mes sí y otro también no logran pasar del día veinte con saldo en caja.

La monja, sor Catalina, está inmersa en plena década de los cuarenta. Es algo más joven que el doctor y siente una secreta pasión por él, aunque su vocación y su compromiso con el hábito es firme. Sor Catalina, antes de ser monja era Mari Pepa en un pueblo de Jaén; era la menor de cuatro hermanas, y su padre, Pepe el Cosío (por una costura que cruzaba su cara, fruto de un accidente al ser derribado por un mulo de mal genio), frustrado por no haber podido tener un hijo a quién darle el nombre, se lo adjudicó a la última hija de su serie, como indicando con ello, que con ella se ponía punto final al intento de traer hijo varón a la casa.

Sor Catalina es una mujer enérgica y tomó el nombre porque el primer libro que leyó en el noviciado era la vida de santa Catalina de Sena, que le cautivó. Está en esta clínica desde hace cinco años con otras cuatro monjas de su comunidad, para ayudar a los demás en sus problemas de falta de salud o de ternura y a su comunidad en su falta de recursos, aunque el

salario que cobra de la sociedad propietaria de la clínica es ciertamente escaso. El doctor es socio propietario, con otros cuatro, de la clínica; por lo que para sor Catalina, además de una persona admirable, digna de su oculta pasión, el doctor es también su patrón. Cuando le ve, como ahora, tan entregado a su tarea, le observa sin recato y alimenta inconscientemente proyectos irrealizables y que su voluntad rechaza de plano. Por una confianza del doctor conoce que con frecuencia discute en casa con su mujer, harta de luchar con los hijos, mientras él se desentiende absorto en su trabajo. Sor Catalina piensa que si el doctor no tuviera esas ataduras y pudiera unir su vida a la de ella, también ella estaría dispuesta a romper sus votos para dedicarse junto a él al santo oficio de aliviar el dolor de los demás. Esto no le repugna lo más mínimo, pero cuando piensa que en acabando ese oficio de aliviar el dolor de cada día, podría compartir techo, mantel y lecho con el doctor, como en tropel se agolpan en su mente sentimientos de pasión, culpabilidad, placer y arrepentimiento, sin atreverse a salir ninguno de ellos. No obstante si el doctor tomase una decisión, le seguiría ciega hasta perderse con él. Mañana, antes de la misa de siete, irá a confesarse de malos pensamientos y deseos impuros.

Mi madre se ha relajado y, como medio dormida, piensa que ya ha pasado todo. Estaba un poco asustada, sobre todo cuando el doctor le dijo anoche que el haber cenado iba mal para el parto. Por la tarde había estado en la visita médica con mi padre, y el doctor la dejó marchar indicándole que aun no estaba a punto; pero en cualquier caso, si pasaba algo, podría marchar a la clínica. Llegaron a casa y cenaron como de costumbre; poco después empezó a sentir los primeros dolores y tomando las cosas que ya tenían preparadas, se fueron hacia la clínica; cuando llegaron ya estaba el doctor esperándoles, aunque aun sin cenar. Le hizo un pequeño reconocimiento y dió instrucciones precisas antes de marcharse a cenar; a la una de la madrugada volvió y empezó su trabajo y a las dos menos cuarto he recibido esa luz directa que tanto me molesta y he sentido ese frío tan horrendo.



Mi madre está contenta de hacer acabado bien su trabajo, también ella ha trabajado duro para que yo nazca. Todos sus sentimientos de afecto son para mí y también para su madre, mi abuela, que espera en el pasillo; pero no piensa para nada en mi padre, a pesar de estar a su lado, volcado sobre ella, acariciando con una mano su brazo y con la otra su cara y su frente. No comprendo ese desentendimiento de mi madre hacia mi padre, a quien ahora miro, pudiendo leer en mi mente el fluir en la suya de recuerdos y sentimientos que se hacen presentes al vivir estos acontecimientos.

Suele decirse que los sentimientos proceden del corazón; sin embargo percibo cómo los sentimientos de estas personas llegan a mi mente precedentes de algún lugar de la mente de ellos. No siento implicados los corazones sino las cabezas en esta corriente de sentimientos entre estas personas y yo.

Mi padre está inclinado hacia mi madre y la atiende solícito. Es la primera imagen que percibo. Cuando profundizo en su actividad mental, cosa que logro hacer muy fácilmente, siguiendo instrucciones de una voz que me impulsa a ello, encuentro un mundo turbulento y complejo de describir aunque soy capaz de captarlo en un solo instante.

Acaricia el brazo desnudo de mi madre y, al contacto con esa carne ahora flácida, recuerda otros brazos más firmes que hace ya una semana no acaricia. Mi padre es director comercial de una empresa textil que tiene su oficina central en Barcelona y fábrica en Sabadell. Fue contratado hace tres años de jefe de grupo de ventas y por su excelente formación y capacidad de relación con los demás, clientes y colaboradores, en tan corto tiempo ha llegado al puesto que hoy tiene.

Las empresas textiles tienen en su plantilla una alta proporción de personal femenino, y mi padre no ha sabido resistirse a la

atracción que ejerce un brillante profesional y al acoso que a causa de eso ha sufrido por más de una mujer. Desde hace más de un año, antes de ser director, tiene relaciones regulares y estables con la que hoy es su secretaria, y que ha llegado a serlo a través de esa relación especial. Esporádicamente concierta alguna cita con dos mujeres más de la empresa y con otras tres conocidas en el curso de su relación continua con los clientes. En casa, con mi madre es externamente cordial y atento, y si no lo es más es porque con frecuencia llega muy agotado a causa del día fatal que ha llevado, según dice, cosa que mi madre acepta sin más explicaciones.

En la última semana, ante el desenlace inminente del embarazo, ha debido estar muy pendiente del mismo, desatendiendo otras obligaciones. Ahora, al acariciar ese brazo semiflácido de mi madre, pasan ante sus ojos sucesivamente cada uno de los otros seis brazos, cuya anatomía tan bien conoce, que bien pudiera identificar sin error a cada una de las seis propietarias, con la sola observación del brazo.

Acaricia el pelo castaño de mi madre, ese pelo ondulado que yo he heredado, y acuden a su mente en tropel otras seis cabelleras de aspectos bien concretos. Las dos rubias lacias, que tanto le gusta acariciar cuando caen sobre los pechos desnudos de sus dueñas; pechos de tan distinta anatomía que, con cabellos casi idénticos, dibujan dos cuadros bien distintos, siendo difícil el saber cual de los dos es más excitante. La morenaza murciana (cuya empresa en Lorca visita cada mes con noche de hotel y extras incluidos), de pelo negro corto y nariz respingona, que en la cama es un volcán. Y tres cabelleras más entre castañas claras y oscuras, cada una de ellas con sus especiales encantos. Todas ellas se dibujan en la niña de sus ojos cuando mira a mi madre.

De vez en cuando, un poco de reojo, se gira hacia su derecha para ver cómo el doctor cose el vientre de mi madre, que ha

debido ensanchar para que yo pase, pues, a pesar del forceps, me resistía a salir. Pero no presta mucha atención al ir y venir de la aguja del doctor, sino al grosor de los labios externos de la vulva y al color y forma del vello púbico. Y cada una de estas características tan íntimas de mi madre es inmediatamente comparada con las correspondientes, que él bien conoce, de sus otras mujeres. Y fríamente está pensando en cual de aquellas es la que más le satisface ver, acariciar o penetrar.

¡Dios mío, éste es mi padre!.

Ahora mira al fondo de la sala, donde mi cuerpo recién nacido asoma sólo la cara con los ojos apretados, entre la ropa blanca de la cuna. Ya no está emocionado sino con sus recuerdos, y mira fríamente a la realidad que tiene ante sus narices. Me mira como se mira a un ser extraño; no percibo ningún sentimiento especial de atracción hacia mí, sino más bien de fastidio. Al verme se está acordando de la pasada primavera, cuando estando mi madre ya embarazada de cuatro meses, recibió una llamada telefónica a primera hora de la mañana; era su rubia secretaria para decirle que estaba indispuesta. Se le había atrasado la regla dos semanas y pensaba acudir aquella mañana al médico y no al trabajo. Pasó un día fatal, aquel sí, aunque luego todo quedó en un desarreglo primaveral de la secretaria; pero de entrada él se veía ya con dos mujeres embarazadas, sin saber como poder atender a ambas en el trance y en sus consecuencias. Yo soy ahora para él, sólo la consecuencia del embarazo que fue adelante. Está mirándome y pensando en qué cara tendría yo si fuese consecuencia del falso embarazo de la secretaria.

El doctor ha terminado su trabajo y sor Catalina cubre a mi madre con una sábana, dejando sólo visibles sus brazos desnudos y lánguidos.

En seguida el doctor se desprende sucesivamente de los guantes, el gorro y la mascarilla, descubriendo un abundante pelo gris y

un espeso bigote de igual color; toma con su mano derecha la cara de mi madre y la zarandea suavemente para provocar que abra los ojos. Cuando por fin los abre le dice que esté tranquila, que todo ha ido muy bien y que su hijo es muy guapo y está muy bien dotado. Los demás ríen su buen humor y el doctor también ríe satisfecho porque ha conseguido su objetivo, ya que sólo pretendía que se abrieran esos ojos verdes que tan dulces recuerdos le traen, y cuando ha hablado a mi madre estaba en realidad hablando a su imposible amante alemana.

La función está a punto de terminar; cada uno acaba de ejecutar su parte de la tarea con prisa para descansar un poco antes de que llegue el nuevo día con sus necesidades propias.

Rosa hace sonar un timbre y en unos segundos acude un camillero que trasladará a mi madre a la habitación. Junto al camillero, empujando levemente la cama, sale también mi padre, pensando en que tan pronto sea de día tiene que hacer seis importantes llamadas telefónicas para dar la noticia del feliz acontecimiento a sus seis amantes.

Sor Catalina sale impulsando la cuna con su carga sonrosada hacia la nursery; en el pasillo se oye "ay, mi niño Jesús"; es mi abuela, que ya no podía aguantar más la espera. El doctor va a la antesala donde hace un pequeño parte de la rutinaria operación realizada.

Me quedo solo flotando bajo el techo de la sala de partos, y en mi soledad percibo una voz lejana y una necesidad imperiosa de obedecer.

*"Ahora vas a regresar de nuevo a tu presente. Para ello te serviré, como hasta ahora, de guía. Pero antes grava bien en tu mente lo que acabas de ver y experimentar. Cuando regreses y despiertes recordarás todo lo que has observado, y podrás recordarlo siempre que lo desees, y estos recuerdos permanecerán*

*en tu mente durante meses, para que uses de ellos según tu voluntad. Ahora abandona la sala de partos donde estás y asciende hasta el techo del edificio. Mira hacia el cielo. En este cielo que antes era estrellado han aparecido algunas nubes aisladas blancas, iluminadas por la luna. Elige una de ellas y asciende como una pequeña bola de energía, hasta penetrar en la nube. Descansa en esta nube. Estás muy relajado y tranquilo. Descansa".*

Asciendo. Primero la oscuridad, después la noche estrellada, salpicada de nubes. Elijo mi destino. Una gran claridad me envuelve; también en mi mente percibo una enorme lucidez. Tengo presentes todas las sensaciones e imágenes que he recibido; pero nada me intranquiliza; se está bien dentro de esta masa algodonosa y etérea. Se ha hecho el silencio.

Tengo la impresión de ser el único habitante de un universo luminoso que me envuelve. No se ve nada más allá de la luz. No tengo ninguna percepción de desplazamiento en el espacio, ni del paso del tiempo. El silencio es total. Aquí está el paraíso; pero intuyo que no podré quedarme para siempre, como quisiera.

La voz llega de nuevo, suave y rítmica, y es imprescindible obedecerla.

*"La nube que ocupas está ahora sobre Caldetas. Desciende hasta el techo de esta habitación donde está tu cuerpo relajado. Obsérvalo. Puedes reconocerlo entre los demás. Desciende y penetra en tu cabeza llenándola de energía. Todos los órganos de tu cuerpo están preparados para entrar de nuevo en funcionamiento a su ritmo habitual. Tu cerebro tiene sus ciclos por segundo normales y empieza a funcionar como siempre lo ha hecho. Tu mente está llena de energía que desciende por el cuello y los hombros hasta el pecho. Tus pulmones se llenan de aire; aspira profundamente. La energía baja por tus brazos y manos hasta la punta de los dedos que puedes mover suavemente.*

*En tu pecho late rítmicamente tu corazón y su energía se distribuye a todo tu cuerpo por las arterias; la sangre oxigenada llena todo tu cuerpo. La energía baja al vientre y a las piernas; llega hasta la punta de los pies que recobran su sensibilidad. Todo tu cuerpo está ya despierto. Cuando quieras puedes abrir los ojos; estás vivo".*

Las dos últimas palabras fueron pronunciadas por mi padre con una energía especial. Yo pude seguir perfectamente sus instrucciones.

Cuando entreabrí los ojos, lo primero que observé fue que era de noche, ya que había una lámpara de pie, encendida junto a la chimenea, que proyectaba una débil luz sobre la habitación, pero suficiente para que mi padre pudiese seguir el guión que había señalado al margen de las páginas del libro que tenía en sus manos.

Cuando empezamos el experimento era pleno día y llovía; habíamos comido todos en nuestra torre y después de tomar café, los mayores querían quedarse junto al fuego charlando, pero los pequeños entrábamos y salíamos continuamente molestando a los mayores y ensuciando todo con nuestros calzados mojados por la lluvia. Fue por eso que mi padre nos propuso hacer el experimento y nos llevó, arrastrados por la curiosidad, a la torre de Rafa y Ana, donde estábamos.

Mi padre ordenó bajar un poco las persianas y correr las cortinas de las dos amplias ventanas para que sólo nos entrase de la calle una luz tenue; nos explicó muy brevemente en que iba a consistir la experiencia y nos pidió que nos colocásemos lo más cómodamente posible, recostados en un sillón o preferiblemente tumbados; todos optamos por tumbarnos para lo que acopiamos de las tres casas cuantos cojines pudimos encontrar. Finalmente, antes de empezar nos dijo que si alguno de nosotros no lograba relajarse debía permanecer quieto y en

silencio o mejor salir procurando hacer el mínimo ruido. La tenue luz que entraba de la calle era suficiente para que mi padre pudiese seguir el guión que tenía marcado.

Ahora al despertar, la calle debería estar a oscuras, pues no había más luz que la de aquella lámpara que mi padre debió encender en algún momento. El fuego en la chimenea estaba apagado.

No se oía ningún ruido y nadie se movía. Mi padre estaba junto a la chimenea también en silencio y en reposo. Así permanecí hasta que observé que a mi lado alguien se movía; era Falín, acomodándose con sus cojines. Poco a poco fueron incorporándose los demás, y en unos segundos nos encontramos todos sentados en el suelo sobre nuestros cojines. Echamos a faltar a Susi; sólo estábamos los seis mayores, desde Falín con sus trece años a su hermana Marta con diez. Preguntamos por Susi y mi padre explicó cuando se había marchado; coincidía con lo que yo había visto desde el techo del salón, antes de partir hacia Barcelona. Esta coincidencia me dejó entre intrigado y asustado.

Tuvimos interés en saber el tiempo que había durado nuestro sueño; la respuesta fue dos horas y media. Esta fue nuestra primera sorpresa porque no éramos conscientes de que hubiera pasado un tiempo tan largo. Empezamos a cruzarnos preguntas acerca de lo que habíamos experimentado y se armó un cierto guirigay.

Mi padre impuso un poco de orden y nos dijo que uno a uno contaríamos ante nuestros padres lo que recordábamos de lo que habíamos experimentado. Fue entonces cuando por primera vez fui consciente de que debería andar con cuidado al contar mis recuerdos. Miré a mi padre lleno de recelo; creo que él no captó mi preocupación.

Salimos todos siguiendo a mi padre, hacia la torre contigua donde mi madre, con los otros cuatro amigos compartían charla sentados alrededor de la chimenea. En la calle seguía lloviendo a pesar de que la voz inductora de mi padre nos había hecho ver noche estrellada y con luna unos minutos antes. Cuando llegamos abrieron el círculo y nos acomodamos todos entre preguntas y comentarios impacientes sobre todo por nuestra parte.

Yo personalmente no tenía ningún interés en contar nada; pero, en cambio, otros no estaban dispuestos a dejar la narración para después de cenar, como pretendían algunos de los mayores.

Así pues se empezó inmediatamente y para poner un poco de orden (mi padre siempre estaba obsesionado con el orden), a iniciativa suya nos hicieron ir explicando cada etapa a todos, uno tras otro, por orden de edad, de mayor a menor.

Mi padre hizo un pequeño resumen de las instrucciones que nos había ido dando. Después nos preguntó qué habíamos experimentado al entrar en la relajación. En este punto hablamos todos, incluso Susi y Marta que fueron las dos que no lograron pasar la experiencia. Susi fue incapaz de relajarse; no entendía bien a sus siete años lo que allí se estaba haciendo. En el extremo opuesto estaba Marta, que siguió tan ciegamente las instrucciones de relajación que cayó en un estadio más bajo del deseado (esta explicación fue de mi padre) y durmió como una bendita hasta el final. Cuando terminó su explicación no podía faltar la apostilla de su hermano Falín calificándola de marmota encantada.

Mi padre preguntó a cada uno por las sensaciones que habíamos experimentado al regresar a etapas anteriores de nuestra vida.

Yo, mientras hablaban los que me precedían, Falín y Elena, trataba de poner orden dentro de mí para evitar el decir nada de lo que me tuviera que arrepentir después.



Cada uno fue explicando su experiencia (Susi y Marta no, por supuesto) y los mayores hacían comentarios jocosos; en el fondo, ninguno de ellos, incluido mi padre, se creía que aquello iba en serio. Los detalles que dábamos de nuestra infancia más parecían fruto de los recuerdos arrancados a los álbumes de fotos familiares, que de una experiencia real de regreso a etapas anteriores de nuestras vidas.

Todos estuvimos especialmente elocuentes, pero nuestras explicaciones no despertaron mayor interés entre nuestros padres; era lógico suponer que se hubieran despertado nuestros recuerdos inducidos por mi padre; la imaginación infantil, que es muy potente, hizo el resto.

Yo, sin embargo, empecé a estar preocupado porque todo aquello parecía real; no tenía por costumbre el abrir los álbumes de fotos que abundaban en casa; pero es que no se trataba de haber visto unas imágenes desde fuera, sino que me había sentido dentro de cada uno de esos cuerpos que antes habían sido míos, y había vivido en ellos un trozo de vida nuevamente.

Las explicaciones que daban los demás, no hacían sino reafirmar mi criterio de que lo que habíamos vivido había sido un retorno real a tiempos pasados, y por tanto, las visiones y sensaciones percibidas respondían a lo que en su momento fueron hechos y situaciones reales. Pero si todo esto era así, ¿cómo podría yo librarme del peso que había caído sobre mí?.

Había tomado ya una decisión: Debía comportarme ante mi padre como si no hubiese existido esta experiencia.

Entonces desconocía aún si sería o no capaz de conseguirlo; tampoco me lo planteaba. En buena medida, ya desde el principio, pude convencerme de la imposibilidad de lograr mis propósitos; pronto descubrí que algo, de momento, había cambiado; era

incapaz de mirarle de frente cuando se me dirigía para pedirme detalles de mis años de niñez. Tenía la extraña sensación de sentirme culpable por haber descubierto su turbia vida de doce años atrás. ¿Seguiría llevando aún esa doble vida?. ¿Sabría mi madre algo de ello?. Y en caso de saberlo, ¿cómo afectaba esto a sus relaciones?. ¿Pero debía yo tomar como real una imagen de mi padre percibida en un estado de semisomnolencia?. ¿De ser cierto, podría habernos engañado durante tantos años sin que descubriéramos su doble juego?. ¿Esta experiencia habría de trastornar en el futuro los doce años de excelente relación vividos con mi padre?. Todas estas preguntas me asaltaban mientras Falín y Elena iban dando detalles de sus percepciones.

Fuí muy breve en mis explicaciones, indicando sólo cuatro pinceladas de los momentos que había revivido en mi retroceso al pasado; omití todos los detalles captados, haciendo referencia, de forma muy escueta, a los recuerdos que mis padres también tenían: la mina de sal en Austria, las clases con Marisol y la celebración de la Navidad en el parvulario.

Observé cómo los otros daban explicaciones mucho más amplias; como yo podría haber hecho de no haberme impuesto ese autocontrol. Parecía querer convencerme yo mismo de que todo era mentira, que era lo que deseaba de todo corazón; pero las evidencias en sentido contrario eran demasiadas.

A medida que escuchaba a los demás me iba convenciendo de que verdaderamente yo no había tenido ningún sueño, sino un retorno real a ciertos momentos de mi pasado bajo un estado de, digamos, hipnosis. Y a medida que tomaba cuerpo en mí esta idea, más y más aumentaba mi preocupación.

En este punto se interrumpió la tertulia porque se hacía tarde para cenar y los mayores decidieron continuar después de la cena, aunque los pequeños, no era mi caso, estaban muy impacientes por llegar pronto hasta el final. Mientras íbamos

contando todo lo anterior, las madres escuchaban a medias desde la cocina de nuestra casa y preparaban al mismo tiempo una cena fría con embutidos y quesos, así como morcilla hecha al fuego y pan tostado también al fuego.

Cenamos todos juntos y durante la cena los mayores estuvieron hablando sobre la credibilidad que podían tener estas experiencias, derivando la conversación hacia las narraciones que se conocían de personas que habían estado a punto de morir. Citó mi padre unos libros de un médico americano que decía tener en casa y que yo me encargué después de leer con verdadera fruición buscando una solución al problema personal que se me creó con esta experiencia. Se trataba de Roger Moody y sus libros "Vida después de la vida", "Reflexiones sobre vida después de la vida" y "Risa después de la risa".

No encontré en ellos nada que me ayudara a resolver mi problema, porque en todos se hablaba del futuro y mi problema era del pasado. Recuerdo en este punto que antes que estos libros, lo que hice fue devorar el libro que había usado mi padre durante la experiencia, "Vida antes de la vida", de Helen Wambach, y éste sí que tuvo una influencia importante en mí; pero negativa, pues contribuyó de forma muy importante a convencerme de que todo lo que había experimentado aquella tarde en Caldetas, tenía una base real.

Después de la cena, los mayores pretendían que nos marchásemos a ver la tele para quedarse ellos jugando a cartas; hasta tal punto les había interesado poco la fase inicial de nuestra narración. Pero la presión de los pequeños fue tal que no tuvieron más remedio que aceptar el hacer la segunda parte de la sesión interrumpida por la cena.

Una vez decidido qué haríamos, abandonamos la mesa y volvimos a tomar asiento alrededor de la chimenea, que en estos casos era siempre el centro de las tertulias.

Iniciando esta segunda parte de la confesión, mi padre preguntó a cada uno cómo recordábamos el salir del cuerpo y observarlo desde fuera, desde el techo de la habitación.

Falín, empezando por el orden establecido, contó que desde el techo tuvo dificultad en conocer su cuerpo porque él se había situado con un cojín bajo la cabeza y tres más sobre el cuerpo a la altura de cara, pecho y piernas; en cambio desde el techo sólo veía dos cojines sobre su cuerpo. Aclaró el tema su prima Montse que, al haber entrado en la relajación después que Falín, le quitó un cojín para acomodarse ella mejor.

Cada uno de los restantes fuimos explicando esta fase de la experiencia; todos menos Marta, que no recordaba sino lo bien que había dormido a pesar del duro suelo.

Yo no quise contar el haber visto toda la escena de la salida de Susi, que mi padre después de acabar la experiencia, confirmó.

A medida que las confesiones de los demás, más me afirmaban que esta experiencia había existido, con más ahínco ocultaba yo pruebas como para convencer a todos de que aquello era falso; en el fondo era yo el que deseaba ser convencido de que todo había sido un sueño irreal.

El viaje de Caldetas a Barcelona había sido percibido de forma bastante homogénea por los cinco; sin embargo no todos supimos entrar en la sala de partos y dar detalles de las personas y cosas que en ella había. Los datos más precisos los aportamos Falín, Elena y yo; es un hecho curioso al que nunca he encontrado explicación. Montse y mi hermana Pili explicaron esta parte de tal manera que más parecía inspirada en lo que ya habíamos contado los tres mayores que en lo que de verdad ellas hubiesen experimentado.

Pero lo que más asombro me causó es que nadie hizo la menor mención acerca de la captación de los sentimientos de los demás.

Yo me había propuesto el no decir palabra sobre ello y si alguien me hubiera preguntado habría mentido descaradamente; pero no tuve necesidad de ello, pues nadie preguntó nada acerca de esta espinosa cuestión.

No entiendo cómo, mi padre no indagó acerca de esto. Y en caso de que no lo hiciera por temor a que alguien descubriera algún pastel, tampoco entiendo cómo nos dió capacidad para percibir los sentimientos y recordarlo después. Tengo una sola explicación: él tampoco conocía a fondo lo que estaba haciendo y en su concepto sólo se trataba de un juego para mantenernos distraídos.

El hecho de que nadie contara nada de los sentimientos percibidos de otros, podría significar que sólo yo los había captado y, desde luego, estaba decidido a guardar silencio. Pero también podría indicar que, ante lo tenebroso de las percepciones recibidas, todos habían optado, como yo, por no contarlo. Yo, jamás lo he comentado con nadie, ni aun con los que aquel día me acompañaron en esta singular experiencia.

Aunque objetivamente no hay razón para creer que todos hubieran percibido sentimientos tan negativos como los que yo experimenté. Cada uno de nosotros había nacido en fecha y lugar distintos, en familias distintas y en circunstancias con pocas cosas comunes. Sólo Elena y yo habíamos nacido en la misma clínica y atendidos por el mismo médico que, en razón de la amistad de nuestros padres, era común. Nuestras madres ya usaron médicos y clínicas distintas para sus segundos partos.

Por todo ello tengo que suponer que, si ese viaje hipnótico al pasado fue real, cada uno de nosotros tuvo que descender en Barcelona hacia un lugar distinto y en una época distinta.

Incluso Elena y yo debimos estar en la misma sala de partos; pero ella tuvo que revivir allí escenas de su nacimiento ocurrido casi un año antes que el mío; aunque, como ambos tuvimos la experiencia al mismo tiempo, guiados por la voz de mi padre, los dos debimos coincidir en la misma sala de partos en el proceso de revivir nuestros respectivos nacimientos.

Esto lo hablamos Elena y yo el domingo por la mañana en Caldetas y, aunque no deja de ser curioso el hecho, lo cierto es que ninguno de los dos fue consciente de que mientras estábamos reviviendo nuestro nacimiento, también allí, y simultáneamente, se estaba reviviendo otro nacimiento similar, ocurrido casi un año antes o después, según se mire, que el propio. Y hubo personas que estaban en los dos, concretamente sor Catalina y el doctor. Creer esto es casi como creer el imposible; pero no todos los imposibles lo son en igual grado.

En la narración que hicimos del episodio del nacimiento, yo me limité a señalar cómo era la sala de partos, con la vitrina de instrumentos y las cortinas al fondo, así como a indicar las personas que estaban presentes, sin dar nombres, que yo sólo conocía conscientemente a través de sus conversaciones durante el tiempo que estuve presente, si es que estuve. Señalé que estaban el médico, una monja, una enfermera y mis padres. Ante la insistencia para que diera detalles de ellos, sólo dije que llevaban una bata blanca y el doctor usaba gafas gruesas y tenía bigote y pelo grises.

Nunca lo hubiera dicho, pues todos los adultos presentes conocían al doctor Morell, aunque le habían perdido la pista hacía cinco o seis años; yo no le había visto nunca más desde los días de mi nacimiento. Todos dieron fe de que estos detalles correspondían efectivamente al doctor Morell, lo que les dejó bastante desconcertados.

Hasta este momento los mayores estaban tomándose a broma todo lo

que íbamos diciendo de la experiencia. Lo que yo acababa de contar los dejó perplejos y su interés por lo que se seguía hablando creció de forma inusitada. El más asombrado de todos parecía ser mi padre, que al día siguiente confesaba el haber iniciado la experiencia como un juego, sin creer verdaderamente en lo que hacía, y cuando oyó mi confesión se hizo internamente la promesa formal de nunca más repetir tal juego. Y ese firme propósito se lo he oído decir en múltiples ocasiones a lo largo de muchos años.

Cuando ví la reacción de los adultos y oí sus comentarios acerca de la coincidencia entre mi relato y los hechos que ellos conocían, me preocupé de veras.

Dije, como excusa, que ya no me acordaba de más cosas y, como un caracol cuando intuye peligro, me recliné en mi mundo interior. Apenas si recuerdo nada de lo que dijeron los demás, estaba ausente; más que preocupado, yo estaba aterrado.

Casi no participé en el resto de la tertulia, estaba dando vueltas continuamente a una desdichada realidad a la que yo quería negar carta de naturaleza. No pude mirar a mi padre a la cara el resto de la noche. A partir de cierto momento empezó a dolerme la cabeza, de forma que cuando acabó la reunión y los mayores dijeron de hacer su partida de cartas y los pequeños de ver la película, yo no tuve que dar ninguna otra excusa para irme a la cama solo. Mi madre quiso darme una aspirina con leche caliente, pero mi padre dijo que era mejor dormir y así se me pasaría.

Me despedí y me fui a la cama, aunque no a dormir. Horas después sentí subir la escalera a mis padres con mi hermana y yo seguía despierto. Pasé casi toda la noche inquieto y dándole vueltas al tremendo problema que me había caído encima.

El dolor de cabeza no se marchó ni aumentó, más bien evolucionó;

más que dolor era como una fuerte presión lo que sentía, y se mantuvo toda la noche, hasta que, de madrugada, rendido, me quedé dormido.

Horas después desperté con igual preocupación; en la planta baja se oía hablar relajadamente a mis padres. Permanecí inmóvil en la cama, dándole vueltas al problema, hasta que encontré el camino para seguir adelante con mi vida.

De inmediato me tenía que concentrar en conducirme sin que nadie captara mis preocupaciones, y sobre todo con mi padre debería seguir comportándome como hasta ese día lo había hecho. Más adelante tendría que hacer algo para averiguar si todo esto era sólo un mal sueño o tenía una base real. En caso de que fuese así...

Ante esta hipótesis se me llenaron los ojos de lágrimas y un nudo me atenazaba la garganta; tuve que limpiarme con la sábana dos lágrimas ardientes que no cabían en la cuenca de los ojos. Repetí varias veces, casi sin voz, pero apretando los dientes y con gran coraje: "no puede ser, no puede ser"; pero una voz interior me corregía con insistencia: "todo parece real, todo parece real". Cuando logré estar algo más sereno, bajé a desayunar con los demás.

Aquel domingo fue un mal día. Me preguntaron mis padres y también Ana si me dolía todavía la cabeza y dije que no; era cierto.

Intenté distraerme con los juegos en grupo, como de costumbre hacíamos. No llovía y a ratos hacía sol, por lo que salimos un rato, grandes y pequeños, a dar una vuelta por el paseo marítimo de Caldetas; pero todo era inútil, yo no podía desprenderme del peso que arrastraba.

Después de la comida del mediodía volví a sentirme con la cabeza



pesada. Pronto empezamos a recoger las cosas para volver a Barcelona, en previsión de que habría mucho tráfico, como casi cada domingo, en ausencia de las autopistas que hoy conocemos.

Cuando subíamos al coche mi hermana y yo habitualmente discutíamos por ocupar el centro de la parte trasera y poder así observar mejor el tráfico y estar atentos a cada maniobra que hacía mi padre en el proceso de conducción. En el viaje de vuelta, ese domingo, no hubo necesidad de discusión. Yo fui el primero en subir, ocupé el asiento detrás del conductor y me arrimé cuanto pude a la puerta trasera; era el mejor sitio para evitar durante el viaje la mirada de mi padre, ni a través del espejo retrovisor; no deseaba que él me mirase, ni yo tampoco quería hacerlo a él.

Hice todo el viaje sin decir ni una palabra; una hora y media, con atasco incluido a la entrada de Barcelona, para recorrer unos cuarenta kilómetros.

Llegamos a casa y me agarré a la socorrida excusa de "hacer los deberes", para retirarme a mi cuarto. A la hora de cenar me disculpé diciendo que había comido mucho al mediodía y que tenía mucho trabajo; ambas cosas eran falsas, pero no estaba preparado para sentarme frente a mi padre; prefería pasar una noche de hambre.

Me acosté pronto y, en contra de lo esperado, ví venir el sueño y me agarré a él con avidez; debió ser porque lo llevaba atrasado de la noche anterior. A medianoche me desperté muerto de hambre; fui a la cocina y me bebí casi media botella de leche de la nevera.

El lunes estuve en clase como ausente todo el día; los días siguientes se fue normalizando la situación en el colegio, dentro de lo que yo era capaz de controlar.

En casa los acontecimientos eran más difíciles de controlar, sobre todo cuando mi padre y yo estábamos uno en presencia del otro, porque yo no tenía recursos para impedirlo.

## II. EL CONFLICTO

Durante la semana siguiente pude evitar con relativa facilidad a mi padre. Cuando yo me levantaba él ya se había marchado; al mediodía él no venía a comer, o estaba de viaje o comía en las proximidades de su despacho; la hora de la cena era la más crítica y yo procuraba acortarla cuanto podía.

A lo largo de las semanas y meses que siguieron se enrarecieron mucho las relaciones entre mi padre y yo; discutíamos por cualquier cosa, sobre todo porque yo no aceptaba para nada sus criterios y opiniones. Cuando podía ignorarlo, lo hacía, y cuando no podía, casi siempre me enfrentaba a él. No me gustaba para nada el hacerlo, pero no podía evitarlo. Con frecuencia, mi madre se ponía de mi parte, lo que me daba mayor fuerza.

Perdí todo interés por el estudio, y entre los compañeros de curso empecé a frecuentar la amistad de aquellos que estaban más por divertirse; las horas de mi vida en familia eran bastante insoportables, sobre todo cuando estaba también mi padre, y sentía cada vez más fuerte la necesidad de buscar un escape.

Poco a poco fui encontrándome mejor en la calle que en casa; pronto empecé a frecuentar la relación con las chicas; fumé mis primeros cigarrillos y bebí mis primeras copas con los amigos. Pero todo aquello, que parecía una vida más divertida, para mí era sólo una huída.

Con mi padre iban las cosas cada vez peor, y con los libros tampoco me llevaba bien. En junio no suspendí las Mates de milagro, gracias a las excelentes notas de la primera parte del curso. El tutor llamó a mis padres para decirles que había dado un bajón tremendo y, estando yo delante, llegaron a la

conclusión de que estaba pasando la primera crisis propia de la pubertad. Tonterías; no tenían ni idea de las verdaderas raíces de mi problema. Y en contra de lo que ellos creían, la crisis no se superó en el sentido en que ellos esperaban, ni con el verano ni en el curso siguiente, en que suspendí en junio Mates, Lengua y Sociales. El de Sociales claramente injusto porque no tenía ninguna relación con los resultados de los exámenes, sino con una discusión que tuve en clase con el Toni, que acabó a torta limpia, y la profesora, que me echaba la culpa a mí, no me lo perdonó al final de curso.

Mi padre se puso con los suspensos de un humor de perros. Estuvo dos semanas sin dirigirme la palabra. Cuando tenía que decirme algo usaba a mi madre de correo; a mí no me disgustaba la situación ; lo tenía merecido, pensaba yo cada vez que mi madre me venía con alguna historia que yo sabía que procedía de él. Finalmente optó por hablarme de nuevo; pero cada vez que lo hacía, se dirigía a mí de tal forma que más bien parecía que quería insultarme. Yo tampoco estaba por soportarle y empecé a sordear, de manera que para que yo le contestara a cualquier cuestión, tenía que repetírmela dos y hasta tres veces, antes de que yo me diera por enterado, y cuando ya no tenía más remedio le contestaba con monosílabos. Esto le ponía frenético y descargaba contra mi madre, quien me disculpaba diciendo que yo era un soñador y estaba siempre como en otro mundo.

Un día pasó lo que tenía que pasar; lo que yo andaba provocando continuamente. Él no pudo aguantar más mis continuas impertinencias y me arreó un par de tortazos. Era lo que yo necesitaba para acabar con una situación que tampoco podía soportar fácilmente. Esto me autorizaba a romper definitivamente una relación que hacía tiempo no deseaba continuar.

Sé que después de abofetearme se encerró en su cuarto y seguramente se hartó de llorar, porque salió media hora más tarde para cenar, con los ojos hinchados como botas y una voz

ronca que intentaba disimular.

Pero esto a mí me importaba bien poco entonces. Años después y aun ahora, a mis treinta y cuatro años, cada vez que me acuerdo de esa noche en que mi padre cenaba con la cabeza baja y en silencio, no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas y la garganta se me anude, hasta hacerme difícil el tragar la saliva.

A partir de entonces vivimos bajo el mismo techo pero ignorándonos, o mejor dicho, ignorándolo yo a él. Hizo algunos intentos de acercamiento, primero a través de mi madre y después directamente; pero yo no estaba por volver al pasado.

Es cierto que no encontré nunca una prueba de que existiesen los líos amorosos con otras mujeres, que yo percibí en la experiencia de regreso a mi nacimiento. En los meses que siguieron a la experiencia registré cuanto pude en sus papeles, aprovechando cada uno de sus viajes, para descubrir el más mínimo detalle que me confirmase su culpabilidad. Tengo que confesarme que no buscaba su inocencia, aunque entonces la habría deseado ardientemente.

Cuando las relaciones entre ambos empezaron a estropearse, dejé de buscar más pruebas porque no las necesitaba; como lo más natural del mundo, acepté que él era culpable, no importaba de qué.

En cierto momento, también ayudado por los amigos, tomé la importante decisión de no estudiar más; no se trataba de estropear mi futuro, sino de fastidiar cuanto pudiese a mi padre, que siempre había ido presumiendo de tener un hijo que era un fuera de serie y albergaba el sueño de que algún día yo sería una lumbrera. Me obligaron a estudiar hasta cumplidos los dieciséis años y a esa edad, a trancas y barrancas, acabé el cuarto curso de bachillerato.

Cuando dejé los estudios empecé a trabajar de aprendiz en un taller de reparación de coches, con el padre de un amigo mío; a mi padre se lo llevaban los demonios cuando yo llegaba a casa casi a la hora de cenar, con mi cuerpo lleno de grasa y, con frecuencia, también con el mono azul del taller; él había llegado dos horas antes con su traje y corbata de ejecutivo y su orgullo no podía sufrir el verme con aquella estampa.

Yo me hallaba muy incómodo en mi casa cuando estaba también él y mi madre se daba cuenta de esto, pero no podía hacer nada por evitarlo. En el fondo yo esperaba que las relaciones entre mis padres fuesen de mal en peor a causa de todas aquellas cosas que yo sabía y él acabase marchándose en cualquier momento, con lo que yo hubiera resuelto mis problemas y probablemente hubiera encarrilado mi vida de mejor manera, más al lado de mi madre. Pero eso no ocurría y prácticamente las únicas discusiones serias que tenían entre ellos eran las provocadas por la ausencia de relación entre mi padre y yo.

Esa fue la causa de que fuese yo el que me encontraba cada vez más incómodo en la casa y cuando cumplí los dieciocho años decidí establecerme por mi cuenta junto a Chelo. Le comuniqué a mi madre mi decisión estando mi padre de viaje y le cogió un ataque de histeria; se puso como una loca y me llamó de todo; yo aguanté con los dientes apretados sin responderle, y cuando acabó salí sin decirle ni siquiera adiós, con mis cosas metidas precipitadamente en una bolsa de deporte. Con mi madre no hice nunca las paces porque después de lo que llegó a decirme aquel día, ni se le pasó por la cabeza que debía pedirme alguna disculpa. Las cosas que ocurrieron después tampoco ayudaron a que nuestra relación fuese mejor. A partir de entonces sólo volví a ésta, que fue mi casa, en contadas ocasiones y asegurándome previamente de que no estaba mi padre. Hoy, dieciséis años después, es la primera vez que vengo estando también él, aunque ya no puede oírme.

Chelo y yo alquilamos una habitación con derecho a cocina en casa de una familia en el barrio del Guinardó; Chelo trabajaba en una perfumería y con eso y lo que yo ganaba en el taller pagábamos el alquiler y los plazos de una Vespa de segunda mano, comíamos y poco más.

Aparte de mi trabajo en el taller, los sábados por la tarde y domingos ensayábamos los del conjunto, tres chicos y Mónica, la vocalista, las melodías de moda y cuando nos caía un bolo, generalmente en bodas y fiestas de poco pelo, podíamos contar con un dinero extra que, sólo servía para aliviarnos un poco las deudas.

La vida con Chelo era más bien aburrida, una vez pasados los primeros meses de fervor mutuo. Nos conocimos en la disco y desde el principio observamos que funcionábamos bastante bien como pareja, o sea, en la cama. Ella tenía también problemas familiares serios, en este caso con su madre, con quien salía a pelotera diaria; tenía un año más que yo y esperamos pacientemente a que yo tuviera los dieciocho años para unir nuestros dos problemas en busca de solución.

Lo normal es que esas soluciones no sean tales y en nuestro caso tampoco lo fue. En la cama seguíamos funcionando muy bien; pero era lo único que teníamos en común. Ni siquiera tenía ningún interés por la música, que le servía a ella sólo para mover el cuerpo en la discoteca. Desde que Mónica llegó al conjunto tuvo problemas con Chelo, que asistía normalmente a los ensayos aunque se aburría olímpicamente; pero era muy celosa y pretendía estar siempre a mi lado para marcarme, sobre todo cuando andaba por medio Mónica. Nuestra relación fue de mal en peor, hasta que un buen día yo decidí que aquello se había acabado; tomé mis cosas personales, que cabían perfectamente en una bolsa de deporte y una mochila y, tras una fuerte discusión, tiré sobre la cama donde ella, echada, lloraba a moco tendido, mi parte

del alquiler mensual que pagábamos a escote y salí sin más para no volver.

Nuestra vida en común había durado poco más de dos años, incluyendo el año y pico de mili que hice en Barcelona, en los cuarteles de San Andrés, durmiendo cada noche en casa con Chelo.

Monté tranquilamente en mi Vespa, que ya había terminado de pagar, y me marché en dirección al barrio del Clot, donde previamente Mónica y yo habíamos alquilado un estudio compuesto de una habitación con baño y una cocina-salón, todo ello en treinta y cinco metros cuadrados. A mis veinte años iniciaba así mi segunda experiencia en pareja.

En casa de mis padres las cosas no fueron del todo bien después de mi marcha. Yo sólo tenía relación telefónica con mi madre cuando yo lo decidía, que era de tarde en tarde, y me veía de vez en cuando con mi hermana Pili, a quien hice prometer que no daría mi dirección de trabajo a mi madre y menos aún a mi padre, bajo amenaza de que también ella me perdería para siempre. A mi hermana tampoco le dije donde vivía, aunque ella conoció a Chelo poco después que yo, pero ya desde el principio no le cayó bien, y cuando le dije que Chelo y yo íbamos a vivir juntos pilló un cabreo de no te menees. Cuando yo quería verla a ella la citaba en una granja cerca del taller y merendábamos juntos. Lo más frecuente era que mi hermana quisiera verme a mí, y entonces me llamaba al taller y quedábamos para merendar aquel día o al siguiente, según mi trabajo.

Un día se le ocurrió venir con mi madre y las dejé a las dos plantadas. Al abrir la puerta de cristal de la granja, las ví sentadas charlando, y sin hacer ningún gesto me dí media vuelta y me marché sin ni siquiera volver la cabeza para ver si se habían enterado. Al día siguiente me llamó mi hermana para decirme que me había estado esperando con mi madre en la granja, hasta que hartas de esperar se marcharon. Yo no oculté que las



había visto y me había dado la vuelta; le dije que cuando yo quisiera ver a mi madre yo la buscaría, y que no me importaba que se lo dijese así a ella.

A través de este contacto con mi hermana yo seguí teniendo noticias de mis padres, y así supe que mi padre cada vez viajaba más, y como mi hermana tampoco paraba en casa con sus estudios de enfermería, mi madre decidió poner una tienda de ropa de niños. La manera más fácil de hacerlo fue el pagar un traspaso por una que ya existía en la calle Mallorca, entrando también en la compra un empleado que era el que la había estado llevando en los últimos años, aunque pertenecía a un matrimonio ya mayor que cada vez se interesaba menos por el negocio, al no necesitarlo para vivir puesto que los dos eran pensionistas.

A partir de mi marcha, según me decía mi hermana, el poco tiempo que estaban juntos mis padres lo empleaban en discutir de forma cada vez más agria. Cuando mi madre se quedó con la tienda una parte de las discusiones se sustituyeron por largos silencios; se ignoraban mutuamente, siendo mi hermana un testigo mudo de la situación.

Un día a finales de julio, lunes a primera hora de la mañana, me llamó Pili muy nerviosa al taller. Quería hablar inmediatamente conmigo y no podía esperar hasta la tarde, ni me lo podía decir por teléfono. Quedamos en la granja de costumbre para tomar un café media hora más tarde, y allí estaba esperándome cuando yo llegué.

Desde el viernes no sabía nada de mi madre. Mi padre regresó el viernes por la tarde de viaje y los dos esperaron inútilmente a que mi madre llegara después de cerrar la tienda, para cenar los tres.

Llamaron a la tienda y no contestaba nadie. Fue mi padre en coche a la tienda y volvió pasadas las doce de la noche con la

sola noticia de que en la persiana metálica bajada de la tienda había un aviso indicando "cerrado por vacaciones" , y en el bar contiguo lo único que supieron decir era que ella y su empleado Angel, después de cerrar la tienda, habían tomado juntos una cerveza y se habían despedido hasta la última semana de agosto; cerraban por vacaciones como era habitual por estas fechas.

Pero lo no habitual era que mi madre no hubiera aparecido por la casa ni el sábado, ni el domingo y sin decir ni esta boca es mía. El sábado por la mañana, mientras mi padre salió a comprar el periódico, mi hermana había estado revolviendo en su dormitorio y encontró que faltaba mucha ropa de mi madre, un par de bolsos, joyas y una maleta grande del trastero donde se guardaban. Por otros indicios que ella ya antes había captado, no le cabía duda de que mi madre se había escapado con su empleado y estaba convencida de que no volvería ni inmediatamente ni a la vuelta de sus vacaciones o escapada. Cuando mi padre volvió con el periódico, ella no sabía cómo decírselo; se echó a llorar abrazada a él, y él, que ya había visto lo que faltaba en la casa, únicamente dijo "no te preocupes, nos arreglaremos solos". Trataron de localizarme el sábado y el domingo, pero el taller estaba cerrado como era normal y no pudieron dar conmigo. Mi padre no hizo intención de decírmelo directamente por miedo a que yo no quisiera ni recibirlo; pero tuvo mucho interés en que ella me llamara a primera hora del lunes, como así hizo.

Cuando terminó el relato entre lágrimas me preguntó que qué podíamos hacer. Le dije que se trataba de un asunto muy personal de nuestros padres, en el que no teníamos nada que hacer. Y aun apostillé que cuando nuestra madre lo había hecho sus razones tendría; seguramente no habría podido aguantar más a mi padre, como a mí me pasó unos años atrás. No dije a mi hermana ni palabra de todo lo que yo sabía o creía conocer de mi padre; pero estaba seguro de que ahora, al marcharse mi madre saldría todo a la luz. Yo esperaba que mi padre, al verse abandonado, no

tendría razones para seguir ocultando sus más que posibles relaciones con otras mujeres y encontraría rápidamente consuelo a su abandono. Con casi total seguridad seguiría manteniendo contactos regulares con su secretaria y, a Dios saber, con cuántas más; con alguna de ellas acabaría uniéndose de forma estable.

No hice ni la menor intención de llamar a mi padre en estas circunstancias. Por mi hermana Pili fui sabiendo como se desarrollaban los acontecimientos. A mitad de agosto mi hermana recibió una llamada desde las islas Canarias, sin poder saber el lugar concreto. Era mi madre que quería disculparse ante mi hermana y enterarse cómo había reaccionado mi padre. Mi hermana la recibió entre sollozos y colgó sin querer contarle nada. El teléfono volvió a sonar en repetidas ocasiones hasta que mi hermana decidió descolgarlo y dejarlo así el resto del día.

En esta época mi hermana había terminado sus estudios de enfermería y trabajaba en el Hospital del Mar, en la Barceloneta. Las dos semanas de vacaciones del mes de agosto las pasaba en casa, sin tener adonde ir, cuando tuvo lugar la llamada de mi madre.

A finales de agosto mi hermana empezó a pasar todos los días por la puerta cerrada de la tienda, hasta que un día encontró la persiana subida y miró a hurtadillas hacia adentro, donde estaba sólo Angel, a quien ella había visto varias veces antes de que ocurriera esto con nuestra madre. Pasó de largo y a la noche, cuando intentó decírselo a mi padre, que estaba de viaje en Sevilla, él le contestó que ya lo sabía; por lo visto había puesto todo en manos de un investigador privado que le tenía bien informado.

Desde entonces, mis padres no volvieron a verse en privado, que yo sepa, y sólo hablaron a través de sus respectivos abogados. Años después la vida se encargó de limar algunas aristas.

Mi madre reanudó los contactos con mi hermana y quiso explicarle la razón de su huída, pero mi hermana no aceptó ninguna explicación; le contestó que aceptaba el hecho sin mayores argumentos por ninguna de las partes. A la vuelta de sus vacaciones en Canarias se fue a vivir con su amigo Angel a una dirección que sólo conocía mi hermana Pili y que de ningún modo quiso revelarme a mí; yo tampoco insistí demasiado; creía que no tenía que forzar a mi madre cuando yo había hecho lo mismo antes que ella. Pero mi padre no denunció nunca la huida de mi madre ni pidió separación legal; tampoco ella lo hizo. Ambos se limitaron a seguir cada uno con su vida por su lado, aunque legalmente seguían siendo matrimonio. Mi hermana era el único puente de comunicación de la familia.

Mi vida con Mónica era algo más tranquila que con Chelo; teníamos nuestra casa, pequeña pero que nos permitía ser totalmente independientes; yo ganaba algún dinero más y Mónica aportaba otro tanto como yo a los gastos comunes, aunque ganaba más que yo como empleada de su tía en un puesto de frutas y verduras en el mercado del Clot. Tenía un trabajo duro, pero sus tíos le pagaban bastante bien.

Los tres chicos del conjunto habíamos empezado a ensayar en un local contiguo al mercado y así fue como conocimos a Mónica. Había dos guitarras, Pep y Quim, y yo que tocaba la batería.

Desde que empecé a interesarme por la música, me incliné claramente por la batería, porque este instrumento me permitía expresar mis sentimientos con más fidelidad que ningún otro; en ella descargaba yo continuamente mi ira y mi rencor, y de ella recibía un nivel de ruido tan potente que me aturdía y me impedía seguir con mis cavilaciones destructivas. Por eso yo solía decir que le pegaba a la batería, y era cierto, lo hacía con gusto y con rabia.

Quim además de darle a la guitarra, también hacía de vocalista,

pero no muy bien que digamos. Mónica, que tenía una gran afición a la música y una bonita voz, se ofreció a colaborar con nosotros siempre que su trabajo en el mercado se lo permitiera. Desde las primeras pruebas que hicimos con ella nos dimos cuenta de que era la voz que nos estaba faltando, así que ajustamos el horario de nuestros ensayos a sus posibilidades y empezamos a trabajar juntos. A partir de entonces empezaron a caer más bolos y mejor pagados; yo empecé a tener problemas con Chelo, que era exageradamente celosa.

Mónica aportó a mi vida el sosiego que necesitaba. Mi hermana la conoció cuando yo vivía con Chelo porque nos acompañó en algunas fiestas, pocas a decir verdad porque mi hermana era más amante de la vida ordenada que yo. Desde el principio le cayó bastante bien, por lo que cuando le dije que pensaba dejar a Chelo y ponerme a vivir con Mónica, no me pidió ninguna explicación; sólo me dijo "te irá bien" y no se equivocó.

Con Mónica llegó a mi vida la estabilidad y la cordura. Cuando tuvo lugar la escapada de mi madre y ella lo supo, se puso claramente del lado de mi padre, que en aquella ocasión era la víctima; yo entendí que lo hacía porque desde su condición de mujer muy tradicional no podía aceptar la aventura de mi madre. Bastantes años después he comprendido la capacidad de intuición que tienen las mujeres, unas más que otras, para captar a través de sutiles detalles la pureza de sentimientos e intenciones de otras personas.

En contra de lo que yo esperaba, mi padre no buscó compañía, al menos estable; mi hermana decía que tampoco esporádica. Los fines de semana los pasaba en casa leyendo o paseaba por la ciudad sin rumbo definido. Continuamente empujaba a mi hermana a salir con sus amigos y a no ocuparse de él; por mi madre y por mí apenas si se atrevía a preguntar a mi hermana, y cuando ella le daba noticias, sin él pedir las, de alguno de los dos, se le llenaban los ojos de lágrimas y miraba hacia otro lado, por lo

que mi hermana, para evitar esa escena, espaciaba cada vez más el hablar de nosotros. Yo estaba tan enconado contra él, que cuando mi hermana me contaba estos detalles, no veía sino las artimañas de un perfecto fingidor haciendo su papel de víctima.

Mónica y yo discutíamos siempre que en nuestra conversación aparecía mi padre; no podía entender que siendo yo un hombre honesto y cabal tuviese tal concepto de mi padre. Y no podía entenderlo porque no conocía el origen del problema, cosa que yo nunca conté a nadie, ni siquiera a Mónica.

Unos meses después de la separación de mis padres, con los primeros fríos del otoño murió en un visto y no visto el tío de Mónica de una fulminante pulmonía. La tía viuda, que no tenía hijos, arregló los papeles del negocio para incorporar a Mónica al mismo. Yo me encontraba muy incómodo porque Mónica empezó a ganar bastante más que yo. Dejamos el conjunto, que quedó deshecho, porque Mónica tenía que dedicar a la frutería más tiempo que antes.

La tía de Mónica, una santa mujer, empezó a dejar caer que en la frutería lo que se necesitaba era el concurso de un hombre. Yo no quería darme por enterado; pero cada vez que acudía por allí en busca de Mónica me lo tenía que oír. Ella sentía hacia mí un cierto afecto, consecuencia del que yo profesaba por su sobrina. De forma que cuando Mónica descubrió que estaba embarazada y me lo dijo, yo me llevé un buen disgusto; pero su tía se alegró y de lo lindo porque veía en ello el camino de conseguir lo que quería. Y lo consiguió.

Dejé el taller de coches y me incorporé a la frutería del Clot, no sin antes pasar por la vicaría, a pesar de que ni Mónica ni yo teníamos convicciones religiosas; aunque por eso mismo nos daba igual hacer o no boda religiosa y costaba poco esfuerzo el dar satisfacción a la madre y sobre todo a la tía de Mónica, que querían a toda costa verla de blanco en la iglesia.

Fue una boda muy sencilla ante mi obcecación para que no asistiera ninguno de mis padres. Hubo algún momento en que parecía que Mónica estaba dispuesta a no casarse si no invitábamos a mis padres; pero la criatura que crecía en su vientre fue bastante para convencerla de que en este caso tenía que dejarse vencer por mi cazurronería. Por mi parte asistió a la boda mi hermana, sin decírselo a mi padre para no darle la irritación, el dueño del taller de coches con su mujer, dos mecánicos más del taller y los dos ex-colegas, Pep y Quim, del conjunto musical ya deshecho. Con los invitados de la familia de Mónica, sus padres, su tía y algunos conocidos, llegábamos escasamente a la veintena de personas. Lo único que tuvo de especial nuestra boda fue que nos obligaron a actuar de nuevo a los cuatro del antiguo conjunto para los escasos invitados, con lo que fue una boda animada por los propios novios.

Cuando mi hermana Pilar tenía que decirle a mi madre que me había casado, el encuentro tuvo lugar a iniciativa de mi madre, porque ella estaba metida en un berenjenal bastante más gordo. Su amigo Angel, que no debía serlo tanto, acababa de abandonarla dejándola en la ruina. Había montado el angelito, con otro socio, una tienda también de ropa de niños y cuando ya la tenía en marcha le había plantado el problema a mi madre; la dejaba sola en su tienda y en su apartamento, pero se había procurado la fidelidad de la clientela. Ella debía hacer frente a la situación completamente sola. Su aventura con Angel había durado escasamente tres años. Cuando se lo contaba a mi hermana, lo hacía como buscando acogida; pero mi hermana no podía hacer casi nada por ella, y lo único que hizo fue llorar de rabia y de impotencia. En estas circunstancias fue cuando Pili le comunicó que me había casado; ella ya sabía con quien era; tal vez se trataba de la única pregunta que hubiera hecho de no conocer la respuesta, y como ya la sabía, se limitó a escuchar y no hizo ninguna observación.

La comunicación a mi padre era más complicada, sobre todo porque Pili vivía con él. Acabó diciéndoselo semanas después, como de pasada y sin asegurarle si había sido por la iglesia o lo civil. El le preguntó que cuándo había sido y ella no supo qué responderle; se encogió de hombros y mi padre no dijo nada más; dejó a medias el café con leche de su desayuno y se encerró en su habitación "a ordenar sus libros", según le dijo a Pili, aunque ella estaba segura de que había cogido un berrinche de mucho cuidado.

Nuestro hijo Pablo nació a los cuatro meses de casarnos; lo de Pablo vino por el padre de Mónica; yo no tenía especial interés en ningún nombre; ella propuso que se llamase como su padre, que al mismo tiempo sería el padrino y yo lo acepté sin mayor discusión. El bautizo fue más o menos como la boda, aunque con menos invitados. Toda la ceremonia y la celebración tuvo lugar según la iniciativa y la organización de los padres de Mónica y los retoques al programa por parte de su tía, a lo que ella y yo nos sometimos sin discutirlo. En este caso tampoco hubo insistencia para que asistieran mis padres, a quienes yo no tenía interés en invitar.

Los meses y años que siguieron no aportaron nada especial a mi vida familiar. Mónica dejó de ir a la frutería durante el primer año de vida de nuestro hijo Pablo; después se fue incorporando poco a poco y tan pronto pudimos llevar al niño al parvulario, Mónica reanudó su horario laboral de forma regular.

Yo me fui encontrando paulatinamente mejor, muy volcado en mi trabajo, mi mujer y mi hijo. Sin embargo, en el fondo de mi alma una tormenta seguía activa. A pesar de la insistencia periódica de mi mujer y de su familia, a quienes cualquier excusa les servía para incidir sobre ello, yo no reanudé las relaciones con mis padres.

Si las cosas hubieran ido de otra manera, quizás hubiese vuelto



a relacionarme con mi madre. Pero cuando ella se encontró abandonada por su amigo Angel, confesó a mi hermana que estaría dispuesta a volver con mi padre si él la aceptase, porque en realidad lo de Angel no había sido más que un capricho de ella, una especie de locura que le entró por él; pero que no tenía nada contra mi padre y además le dolía mucho el mal que a él le había hecho.

Cuando mi hermana me contó lo anterior me encontré muy confundido. Hasta entonces había tenido yo un cierto remordimiento por la conducta que había seguido con mi madre. En realidad ella lo único que había hecho la tarde que me marché de casa fue el intentar retenerme, y cuando se dió cuenta de que no podía conseguirlo, se dejó arrastrar por la desesperación o por la ira y me dijo cosas que no se pueden decir a un hijo por borde que sea, como que para el pago que les estaba dando a ellos, mejor les habría ido si yo no hubiera nacido. Una vez que lo dijo entre lágrimas y se dió cuenta de lo que había dicho al encontrarse con mi mirada de odio, se agarró a mí repitiendo "perdóname, perdóname, no quise decirlo". Pero ya estaba dicho; me solté de ella como pude y escapé, sabiendo que los dos minutos escasos que había durado la escena habían roto con los dieciocho años anteriores y con muchos también de los que faltaban por vivir. Fue una escena muy dura; pero el tiempo, que todo lo cura, hubiese también curado mi herida.

Lo de mi padre era distinto porque se trataba de una conducta continua de engaño a todos nosotros y sobre todo a mi madre; al menos tal como yo lo creía a consecuencia de la experiencia de regreso al pasado vivida en Caldetas a mis doce años.

Pero lo que acababa de saber por mi hermana ponía muy en tela de juicio mis teorías. O bien mi madre era más tonta de lo que yo pensaba y no se enteraba de nada, cosa muy improbable después de tantos años de matrimonio, o bien la doble vida de mi padre era simplemente fruto de mi imaginación, que yo había ido

realimentando continuamente después de aquella experiencia de Caldetas.

El conocer aquella confesión de mi madre me dejó aturdido, al intuir la posibilidad de que toda mi historia reciente fuese consecuencia de un puro montaje de mi imaginación. Lo que más me incomodó de esa confesión fue el hecho de que por ella quedaba mi madre como culpable y mi padre como víctima, lo que al tiempo me convertía a mí en culpable por haber desencadenado toda esta situación, al cargar contra mi padre fundado sólo en visiones cuya solidez sigo desconociendo.

Fue la primera vez desde que me marché de casa que tuve un cierto sentimiento de culpabilidad por el daño hecho a los demás y a mí mismo, a consecuencia de mi creencia en lo que podía ser una pura entelequia.

Traté de borrar de mi mente esa sospecha para eludir mi posible responsabilidad, y el medio de hacerlo era seguir realimentando mis convicciones. Traté a través de mi hermana de encontrar nuevos argumentos. Ella no conocía el origen de mi mal, sino las consecuencias: desde mis doce a mis dieciocho años la relación con mi padre había sido tan mala que era normal el que no pudiésemos seguir viviendo juntos él y yo.

En los encuentros regulares con Pili, que nos venía a comprar la fruta y verdura a la parada del Clot, yo preguntaba con mayor frecuencia por mi padre, y aunque ella creía que se trataba de un sano interés por él, lo que yo buscaba era información para justificar todo mi pasado; pero esa información no venía en la forma en que yo la necesitaba. Era cierto que mi padre seguía haciendo una doble vida, pero en otro sentido. En su trabajo como director comercial era una persona extrovertida y de trato fácil con los demás, clientes y colaboradores. Fuera de ese ambiente era un misántropo, un solitario encerrado en sí mismo, cuya única relación parecía ser mi hermana y con ella era muy

poco comunicativo, más que compañía se daban mutuo amparo en su soledad.

Cuando mi hermana le comentó el arrepentimiento de mi madre y su disposición a volver, simplemente dijo "es pronto todavía". Y así quedó la cosa porque mi madre no se atrevió a volver por la casa en contra de su criterio. Sólo tres años después, en que ella sufrió una caída en su escalera y se rompió la pierna, teniendo que quedar inmovilizada durante un mes, aceptó mi padre que volviera a la casa, aunque no muy convencido. Cuando se lo planteó Pili le contestó "que venga, pero lo hago por tí". Y ella se lo agradeció, ya que para Pili era un enorme esfuerzo el atenderlos a los dos, cada uno en una casa.

Volvió mi madre a casa y fue a dormir al que había sido mi cuarto. Durante el mes de inmovilización logró convencer a mi padre para quedarse allí y acordaron compartir el dormitorio, pero en camas separadas. Las relaciones entre los dos fueron en adelante frías y distantes, al menos según la impresión que de ellas tenía mi hermana.

El trabajo les mantenía separados y cuando compartían techo o mesa, lo hacían ignorándose mutuamente, intercambiando monosílabos cuando no podían evitar el dirigirse uno a otro. Los fines de semana habían aprendido a convivirlos sin interferirse mutuamente. El no le reprochó de palabra nunca a mi madre, y ella parecía no atreverse a sacar el tema del abandono. Mi hermana estuvo varias veces tentada de poner sobre la mesa la cuestión, pero considerando que los dos eran adultos y no lo hacían ella aprendió a convivir con el problema.

Mi madre vino varias veces a comprar a la parada con mi hermana, pero ante mi recibimiento frío, tampoco conmigo se atrevió a ir más a fondo.

Mi hijo Pablo era el depositario de todo el cariño que nos

faltaba en la familia. Mi hermana se lo llevaba algunos domingos, desde que tuvo los tres o cuatro años, a pasear por la mañana y luego a comer a su casa, primero con mi padre y luego con los dos cuando volvieron a estar juntos. Mientras estaba el nieto con ellos hacían muy bien el teatro de pareja más o menos normal y ambos se deshacían en atenciones hacia él . Cada uno le hacía sus regalos por separado y ambos rivalizaban en hacer el mejor. Pienso que existía una sorda competencia por conseguir el afecto del nieto.

En casa nunca hemos hecho una crítica a mis padres delante de Pablo; Mónica siempre ha hablado bien de ellos, y yo ni bien ni mal. Hemos sabido crear un ambiente, sobre todo obra de Mónica, de ayuda y colaboración mutua; un ambiente alegre y relajado, que sólo se cubre de nubes y alguna tensión cuando se menciona el tema de mis padres. Un ambiente bien distinto del que tiene que soportar mi hermana Pilar, donde la electricidad está siempre a flor de piel. Con mi madre tiene a veces mi hermana la posibilidad de reirse un poco comentando las cosas más tontas; pero con mi padre es imposible; según mi hermana, él no le ha sonreído nunca en los últimos veinte años, ni ella le ha visto sonreír por nada, de forma que no sabe si él es capaz de sonreír. Yo si recuerdo de los años de infancia sus juegos y sus bromas; pero eso ha quedado ya muy lejos, para desgracia de todos.

Mi hijo, cuando empezó a darse cuenta de lo anormal de las relaciones con mis padres, quiso conocer el por qué de ello, y ante nuestras respuestas vaporosas, aprendió también a convivir con la incógnita. Me consta que, en mi ausencia, Mónica alguna vez le ha explicado que el origen de todo está en un fuerte conflicto con mi padre, de los tiempos en que yo era un chaval; pero ella intuye que tampoco conoce bien ni la causa ni la importancia del mismo, y en eso tiene toda la razón. Mónica y yo hemos hablado a veces de ese conflicto; también hemos hablado de la experiencia de Caldetas; pero ella desconoce la relación que hay entre una cosa y la otra. Para mi mujer el origen de los

problemas estuvo en mi rebeldía y en mis malos resultados escolares, sin conocer que ambas cosas eran también consecuencias lógicas de mi incapacidad para resolver el conflicto aparecido en mi vida de la forma en que sólo yo conozco.

### III. LA TRAGEDIA

Es larga la noche cuando la conciencia no te permite conciliar el sueño. Y es mala compañera de viaje la conciencia cuando su fardo es pesado. Es duro descubrir que cada paso que damos en la vida tiene sus consecuencias; pero más duro es descubrirlo a destiempo. Y no vale echar marcha atrás porque aunque desandemos los pasos dados, quedan las huellas que dejamos sobre el terreno. Y hay huellas que borra el viento; pero también las hay que petrifican y permanecen más allá de nuestras propias vidas.

Esta noche de finales de mayo, con ser una de las más cortas del año, ha sido para mí de las más largas y jugosas de mi vida. La primavera, próxima a morir en brazos del verano, está en mi alma naciendo después de un largo invierno de más de veinte años.

Hace un par de días mi madre me llamó por teléfono y me dijo secamente :

- Tu padre ha tenido un accidente - para añadir seguidamente - bueno, ha muerto.

Lo dijo así de directo, intuyendo que no me iba a desmayar. Después hubo un silencio y yo, sin hallarme en absoluto afectado, como si lo estuviera esperando, pregunté:

- ¿Cómo ha sido?.

- En choque frontal con un camión. Invadió la calzada contraria y murió en el acto. No ha debido sufrir, el pobre.

Había alguna compasión en sus palabras, pero estaba serena y muy lejos del llanto.

- ¿Cómo lo has sabido?.

- Me ha telefonado la policía de Vitoria hace media hora. El accidente ha sido a las cuatro y media, cerca de Vitoria, en un lugar que llaman la milla de la muerte, por los muchos accidentes que hay en ella. De vuelta de Bilbao, ha debido comer en Vitoria, como solía hacer y le habrá cogido sueño; aunque tienen que hacerle la autopsia y entonces lo sabremos.

Yo no necesitaba saberlo porque lo tenía muy claro, salvo sorpresas que diera la autopsia. Aunque a nadie podría confesarlo, yo estaba convencido de que mi padre se había suicidado. Le había crecido un tumor de angustia en el alma que no supo o no quiso extirpar.

A sus sesenta y dos años, la vida no tenía ya sentido para él. Desde hacía dos años, lo sabía por mi hermana, la empresa le andaba presionando para que se jubilara; pero él se resistía, porque si le quitaban su trabajo no le quedaba nada más en la vida. Últimamente le habían arrinconado un poco argumentando que ya no podía aguantar el ritmo de viajes que había llevado antes. En el fondo él sabía que lo querían liquidar y optó por tomar la iniciativa antes de verse abandonado por todos y siendo una carga para mi hermana que, como perro fiel, era la única persona del mundo que tenía a su lado.

- ¿Se lo has dicho ya a Pilar?.

- No, te he llamado a tí primero porque para llamarla a ella no he tenido todavía valor, aunque habré de hacerlo.

- Si quieres la llamo yo, a mí no me importa hacerlo.

- No, no, debo hacerlo yo y lo haré.

Mi madre sabía que mi hermana iba a ser la única en llorarlo; se había pegado a él como una lapa y no quiso abandonarlo nunca. O bien ella no había penetrado en su intimidad y no conocía nada de él, o bien había penetrado más profundamente y por eso lo amaba de aquella manera que mi madre y yo no podíamos entender.

- ¿Qué hemos de hacer ahora?.

- Nada; me han preguntado que si quería que lo traladaran aquí y he dicho que sí; los gastos los cubre el seguro.

El féretro ha llegado ayer tarde desde Vitoria y el entierro ha de ser esta mañana. Mi madre quiso que el velatorio se hiciera en su casa, aunque luego el cansancio ha podido con todos y sólo yo he velado toda la noche el cadáver de mi padre. Me he fumado dos paquetes de tabaco mientras ha pasado por mi cabeza desde la media noche a las cinco de la mañana todo el desastre de mi vida.

En este salón de la casa donde yo crecí hemos pasado la noche mi padre y yo; él entre dos velas que iluminan a medias su cara pálida y yo en una butaca, bajo la luz tenue de una lámpara de pie halógena con su intensidad al mínimo, que ha estado toda la noche jugando sin descanso con el humo caprichoso del tabaco.

De vez en cuando, con el cigarro entre los dedos, me he levantado para situarme junto a él y mirarle a la cara como no lo había hecho desde hacía muchos años.

Si es cierto que la cara es el espejo del alma, ese rostro sereno y pacífico, aunque unido a un cuerpo destrozado, no puede pertenecer a un ser malvado. Ese rostro con sus ojos cerrados me ha mirado a mí durante toda la noche sin rencor, con aquel tercer ojo de la clarividencia que más de una vez él nos había mencionado y que hacían aflorar los lamas tibetanos.

Ese rostro, que esboza una sonrisa beatífica, es el de un hombre bueno, que no pudo sonreír en vida, y guarda ahora la última huella del alma antes de abandonarlo, con la que nos quiere dar a todos el último mensaje : - Ya he llegado y soy feliz - . Pero para tener esa sonrisa se necesita haber sido un hombre de bien. Y siendo así, como parece, ¿qué pasó conmigo en Caldetas a mis doce años?.



Hasta entonces mi padre había sido mi dios. Allí, en un juego cuyo significado sigo sin conocer, me pareció ver su alma turbia y negra. Era sólo un juego; pero mi padre era un mago que convertía la ficción en realidad; por lo general se trataba de ficciones luminosas que se convertían en realidades que a todos nos hacían gozar, como cuando organizaba aquellas veladas a base de juegos de manos cuyo secreto acababa contando bajo la presión de todos nosotros, mi madre incluida. Yo tenía una fé ciega en su capacidad de transformar la ficción en realidad, y por tanto también la parte oscura de la ficción debía ser realidad, aunque esa fe ciega diera lugar a la destrucción de mi vida y de la suya.

Mi hijo Pablo tiene ahora doce años, los mismos que yo tenía cuando mi padre tuvo la ocurrencia de hacer un juego con nosotros, un juego cuya técnica ni conocía ni dominaba. Pablo es un excelente estudiante y un chico apreciado por sus profesores y amigos, al nivel que yo recuerdo de mi primera infancia. Jamás se me ocurrirá hacer con mi hijo algo semejante a lo que hizo mi padre. Yo puedo ser un ángel o un demonio, y probablemente todos somos una y otra cosa al mismo tiempo; pero el fondo de mi alma es algo que debe permanecer para ser buceado sólo por mí. Mi vida habría sido bien distinta si no hubiera existido en ella la página que se escribió en Caldetas aquel invierno del 63. Jamás podré perdonar a mi padre el haber cometido aquella locura. Todo lo demás es perdonable, o tal vez no tengo nada más que perdonarle, porque nunca sabré si hubo o no algo turbio en su vida. Ante mí tengo su rostro sereno, lleno de paz y sonriente, pero ya no hay en él un alma que poder mirar.

Durante años he tenido delante multitud de evidencias que me indicaban la falsedad de la imagen que de mi padre había creado yo, sin más pruebas que mi fe en su poder. Y no he querido ver la realidad, que a buen seguro es bien otra que la que yo he imaginado. Ha tenido que morir para que mi mente engendre la

duda, al menos la duda, de que mi padre ha podido ser una persona bien distinta a la que yo he odiado a lo largo de más de veinte años.

Durante la pasada noche he salido varias veces al balcón donde yo jugaba de niño, a tomar un poco de aire fresco de este mes de mayo que se va. Hay en él tres o cuatro macetas de geranios que mi padre cuidaba con esmero, y en la jamba izquierda del balcón, junto a la persiana, hay colgada una pequeña pieza de cerámica con una frase del Corán:

" La felicidad consiste en hacer el bien ".

La primera vez que yo leí esa frase, hace siete u ocho años en una visita de las pocas que he hecho a esta casa, después de abandonarla, no hice ningún comentario, pero pensé : " Valiente granuja, ¿a quién pretenderá engañar? ". Ahora, ante su cara de difunto feliz, y después de una larga noche de dura y amarga reflexión, creo que no pretendía engañar a nadie; era más bien el grito desesperado de su alma, que nadie quería oír, al menos ninguno de los suyos más próximos.

Son las seis de la mañana y alguien ha entrado al baño. Alguna de las tres mujeres que han pasado la noche en la casa, mi madre, mi mujer y mi hermana. Mi hijo Pablo ha dormido en mi casa donde se ha quedado también la tía de Mónica para hacerle compañía. Nos espera un duro día. El entierro es a las diez; no creo que venga mucha gente, ha vivido tan aislado en los últimos años, que salvo alguna relación especial de la empresa y la representación oficial de la misma, no espero que acuda nadie más, fuera de la familia más inmediata.

## IV. LA CONFESIÓN

Navidad de 1996; han pasado algo más de ocho años de la muerte de mi padre, y han cambiado mucho las cosas entre nosotros.

Mi madre con sus sesenta y cinco años cumplidos hace ya unos meses que traspasó la tienda y ahora vive dedicada a fomentar la amistad con personas de su edad y a convivir algo más con su hija.

Pilar sigue trabajando en el Hospital del Mar. No se ha casado, ni se casará; ella perdió su oportunidad cuando ocurrió el drama de mis padres y desistió de fomentar las relaciones que pudieran haberle llevado al matrimonio, porque había decidido entregar su juventud a mi padre. Cuando murió mi padre ella tenía treinta y dos años y ya era un poco tarde para hacer proyectos de matrimonio. Mi hermana Pili es un alma desprendida, como hay pocas, y en su profesión no le faltan oportunidades de sacrificarse por los demás.

La tía de Mónica murió hace dos años y nosotros nos hicimos cargo total del negocio y vivimos dedicados a él y a la educación de nuestro hijo Pablo, que está próximo a terminar sus estudios superiores de Ingeniería Informática, con un expediente brillante, al mismo tiempo que trabaja en una multinacional del ramo por medio de un acuerdo entre la Universidad y la empresa. Aunque no nos faltan medios, desde que empezó sus estudios superiores ha tenido el orgullo de costearse por sí mismo, bien dando clases en alguna academia o bien compartiendo los estudios con el trabajo, como hace este año.

Nuestra convivencia en familia ha mejorado mucho porque hemos sabido romper con los fantasmas que nos separaban.

Durante los últimos años de la vida de mi padre yo andaba buscando la ocasión de restablecer las relaciones y cerrar las heridas abiertas tantos años. Por una parte me empujaba Mónica, con una presión constante y una insistencia creciente, y por otra parte, yo me iba convenciendo por mí mismo de lo injustamente que había tratado a mi padre durante tantos años, sin que yo llegara nunca a conocer un argumento sólido para tener ese mal concepto de él, que justificaba ante mí el maltrato que le daba.

No quiero imaginar qué hubiera pasado de dar yo algún paso de aproximación hacia él; pero tengo argumentos para pensar que no hubiera muerto de aquella forma tan desgraciada. Un par de semanas después del accidente, llamaron a mi madre del juzgado para decirle que acudiera a recoger el resultado de la autopsia. Ella contestó diciendo que no le interesaba conocerlo, que podían destruirlo. Ante la negativa de los funcionarios a obedecerle, mi madre me pidió que la acompañase si estaba de acuerdo en obrar según ella tenía determinado. Fuimos juntos, firmamos la recepción del documento y a la salida del edificio yo prendí fuego al papel sin leer su contenido. Mi madre y yo albergábamos la misma duda y no deseábamos salir de ella.

Después de tantos años de desencuentro entre mi padre y yo, tengo la impresión de haber llegado tarde, por unas semanas o unos meses, a su encuentro para salvarle la vida; pero eso ya no tiene arreglo.

El primer aniversario de la muerte de mi padre cayó en domingo y mi madre propuso el conmemorarlo haciendo lo que a él le gustaba hacer por esa época del año, durante aquellos años felices de Caldetas. El mes de mayo era el último que teníamos la torre, antes del verano, por lo que los últimos domingos de mayo solíamos celebrarlos comiendo en alguno de los restaurantes del puerto de Arenys.

Ese primer aniversario a propuesta de mi madre fuimos con nuestro coche Pablo y yo con las tres mujeres, mi madre, mi mujer y mi hermana, a misa a la iglesia de Arenys y después comimos en el restaurante de la Lonja de Pescadores, del puerto de Arenys.

Yo no soy especialmente creyente, al menos practicante; pero ese día en la misa del aniversario de su muerte, le hice a mi padre una promesa: compartiría el secreto que me atormentaba con mi madre y mi hermana, y por qué no, también con mi mujer y mi hijo. Durante ese año me había sentido continuamente culpable de la muerte de mi padre, por haber llegado tarde a confesarle mi error. No estaba dispuesto a llegar tarde a ninguna otra ocasión de rectificar.

Hacía un día de sol espléndido y después de la comida nos fuimos a dar una vuelta por el paseo marítimo de Caldetas. Entramos en la zona de la Cruz Roja del Mar, junto al Hotel Colón, y subimos a las rocas del rompeolas, a espaldas de la caseta de la Cruz Roja.

El mar estaba sereno y sólo unas débiles olas se rompían como un murmullo contra las rocas. El rumor sordo del intenso tráfico en la carretera cercana, podía más en nuestros oídos que el del mar inmediato.

Hablábamos, cómo no, de los tiempos felices de nuestra infancia en Caldetas. Sin aperebirnos de ello, hablábamos los tres que los vivimos para Mónica y Pablo; les contábamos por enésima vez historias y anécdotas ya sabidas por ellos de otras veces.

Yo dí el giro que temía y deseaba a la conversación:

- ¿Os acordais del día que papá hizo aquella experiencia de hipnosis con nosotros, y nos hizo ir hasta la fecha del nacimiento?.

Los tres que lo vivimos lo recordábamos; pero a Mónica y Pablo les sonaba a nuevo; yo nunca había hablado con Mónica a fondo de este asunto y mi hermana tampoco. Pablo se mostró muy interesado y yo cedí el protagonismo y dejé que fuese Pilar la que explicase la experiencia al menos como ella la había vivido. Probablemente debido a que ella no la había rememorado con la frecuencia con que yo lo había hecho, su relato hubiera resultado vago e impreciso, de no acompañarlo yo de detalles muy concretos.

De la escena del nacimiento casi no se acordaba de nada. Fue el momento en que yo dí un giro a la conversación para llevarla allí donde debía hacerlo.

- Tengo que hacerlos a todos una confesión.- Lo dije poniendo tal acento que los cuatro captaron la importancia de lo que seguiría.

- Pilar, ¿tú te acuerdas que nos dijo papá que podíamos conocer los sentimientos de las personas que había presentes en la sala de partos?.

- No, no me acuerdo.- Fue su corta respuesta, dicha con toda la seriedad que yo había dado al tema.

- Pues yo capté lo que hacía cada una de las personas que había allí, y también lo que estaban pensando y sintiendo cada una de ellas. El médico, la monja, la enfermera, y también mamá y papá.

- Ah, ¿sí?, ¿y qué pensaba yo?- Dentro de la seriedad impuesta, mi madre se dejaba arrastar por la curiosidad.

- De lo tuyo no me acuerdo; estabas saliendo de la anestesia; debía carecer de importancia. Pero lo de papá me causó tanto asombro y tanta repugnancia que nunca más desde entonces pude

tener con él unas relaciones normales.

Tanto mi madre como mi hermana conocían muy bien que yo había sido un estudiante ejemplar y un chico alegre hasta que en un momento determinado todo eso cambió para mal. Nunca habían sabido explicarse el por qué de cambio tan radical.

- ¿Y qué fue ello? - Había una cierta curiosidad en la pregunta de mi madre, pero no tenía tanto interés en oír la respuesta como yo en darla.

Volví a explicar las escenas que recordaba aun bastante bien, y añadí todo aquello que no quise explicar aquel día a mis doce años en Caldetas. Me expresé con corrección teniendo en cuenta que estaba también oyendo mi hijo Pablo, con trece años. Ninguna de las tres mujeres daba crédito a mis palabras, y sólo seguían el relato a la vista de la emoción que me embargaba y del esfuerzo visible que tenía que hacer para continuar con el relato. Cuando hube terminado, mi madre, sin perder la serenidad que le daban sus casi sesenta años, me hizo una observación demoledora:

- ¿Y ya te fijaste bien en las amantes de tu padre?. Porque él no tuvo nunca una secretaria rubia, y yo conocía por entonces a todas las que trabajaban con él -. Y añadió con un cierto aire de superioridad:

-¡Ay, hijo mío, qué poco conocías tú a tu padre!.

En esto acabó todo lo que yo tenía que decir. Me encontraba ridículo habiendo hecho un pilar de mi existencia de algo que para ellas apenas si merecía un pequeño comentario.

Volvimos a Barcelona y en eso quedó el primer aniversario de la muerte de mi padre. Pero yo me encontraba libre del gran fardo que me había acompañado tantos años. Aun hoy me admiro de lo

fácil que fue el librarme de él. Con frecuencia pienso, sin embargo en lo distinta que hubiera sido la vida de no tener lugar el desencuentro con mi padre, un desencuentro a medias irreal, pero sin retorno a tiempo.

Si he sacado algo positivo de todo este desastre, es el firme propósito de no permitir que nadie, y menos mi hijo, se asome a mi alma para tratar de entender lo inentendible. Yo soy una compleja amalgama; bien y mal conviven en mí y en muchas ocasiones yo mismo soy incapaz de identificarlos y separarlos; pero soy así y yo lo sé; no hace falta que nadie más lo sepa. Cualquier invasión por otros de ese reducto sólo mío, puede trastocar mi vida y la de los demás. Es una buena razón para ser celoso de mi intimidad. Jamás cometeré el error que cometió mi padre cuando nos permitió creer que éramos capaces de percibir los sentimientos de las demás personas.

Envidio a mi hermana por haber tenido la suerte de librarse del trauma que yo viví, y de ahí la buena relación que tuvo con mi padre hasta su muerte.

Cuando nos reunimos los dos con mi madre y hablamos de mi padre, observo turbia la mirada de mi madre; tampoco la mía está clara. Sólo mi hermana permanece con paz en la mirada, porque sólo ella supo hacerlo bien hasta el final; sólo ella le lloró.

En los últimos años, con frecuencia casi semanal vienen a casa mi madre y mi hermana, siendo muy bien acogidas por Mónica, que ha llegado a desarrollar con ellas una buena amistad. En nuestras tertulias no falta nunca nuestro padre; pero evitamos las fases oscuras de nuestra vida, por lo que los recuerdos que surgen son aquellos numerosos que guardamos de la primera etapa de nuestra vida familiar. La aventura de mi madre fuera del hogar, está también ya fuera de nuestras vidas, y tampoco es objeto de conversación el abandono a que sometimos a mi padre entre todos; sólo Pilar podría hablar de ello con paz en su



conciencia, pero por el cariño que nos tiene a los demás tampoco lo hace.

Mónica, con un exquisito tacto, nunca habla, por iniciativa propia, de todo aquello que sabe que forma parte de ese trozo de nuestras vidas que cada uno de nosotros guarda en el oscuro pozo que hay en el fondo de nuestra alma. Ella, con sus silencios elocuentes, es la verdadera artífice de mi redención; ella me ha librado de todos los demonios que rondaban mi vida antes de conocerla. Nunca seré capaz de agradecerérselo en la medida en que lo merece.

§ § §

